

ACTITUDES SOCIO-POLITICAS DE VICENTE BLASCO IBANEZ

by

DOLORES CLAVERO

Licenciada en Filosofia y Letras
Universidad de Zaragoza, Spain, 1960

A THESIS SUBMITTED IN PARTIAL FULFILMENT OF
THE REQUIREMENTS FOR THE DEGREE OF
MASTER OF ARTS

in

THE FACULTY OF GRADUATE STUDIES
(Department of Hispanic and Italian Studies)

91

We accept this thesis as conforming
to the required standard

THE UNIVERSITY OF BRITISH COLUMBIA

October 1979

© Dolores Clavero, 1979

In presenting this thesis in partial fulfilment of the requirements for an advanced degree at the University of British Columbia, I agree that the Library shall make it freely available for reference and study.

I further agree that permission for extensive copying of this thesis for scholarly purposes may be granted by the Head of my Department or by his representatives. It is understood that copying or publication of this thesis for financial gain shall not be allowed without my written permission.

Department of Hispanic and Italian

The University of British Columbia
2075 Wesbrook Place
Vancouver, Canada
V6T 1W5

Date 15th October 1975

ABSTRACT

Blasco Ibáñez's political and social outlook is still a controversial subject in the field of Spanish literary criticism. He has been called a radical, a communist, a socialist and an anarchist on the one hand, and, on the other, a petit bourgeois whose ideology lacked depth and who wrote largely for pecuniary interest.

This thesis considers his socio-political attitudes apparent from a study of selected works from all phases of his literary career. Chapter I studies Blasco's early commitment to the Spanish Republican Party and the period of his political activity as a Parliamentary Deputy. It is shown that from his early youth Blasco was opposed to extremism of both right and left, but that he adopted a radical attitude largely out of political necessity. This resulted in literary works of considerable ambiguity: La barraca, Cañas y barro, and above all his "novelas de tesis" clearly demonstrate this point. Although written apparently to defend the cause of the peasant and the proletariat, Blasco in fact allows the reader to conclude either that the revolution is impossible, or that, should it ever take place, its results would be negative.

Chapter II studies Los argonautas, written after Blasco had abandoned politics, and Los cuatro jinetes del Apocalipsis. In the first novel, released from his commitment as a political figure, Blasco arrived at a rampant defence of capitalism as the only effective road to social reform and progress. In Los cuatro jinetes, the novel written about and during the First World War, he is seen to return to an ambivalent position, partially to be explained by

his loss of faith in the power of technology and private capital alone to solve social problems.

Chapter III deals with two late works, Estudios literarios and La vuelta al mundo de un novelista in which Blasco pours out his thoughts and opinions directly without the vehicle of fiction, revealing his suspicion of radical political ideologies and his inability to face up to the facts of poverty and its associated ignorance.

The final conclusion is that, in spite of the variety of circumstances during Blasco's extremely active life, no notable changes occurred in his socio-political attitudes which were clearly progressive for the Spain of his time but never radical. However, it seems evident that he became increasingly sceptical towards the solutions to social problems offered by the different political creeds and consequently he adopted utopic attitudes as a form of escapism. But his firm belief in action as the main justification of human existence demanded of him a more positive response. This he achieved through his lifelong commitment to the republican ideal and his strong belief in the mission of the novelist as educator of the masses.

NOTA DE RECONOCIMIENTO

Quiero expresar aquí mi gratitud, en primer lugar, a la Dra. María G. Tomsich, directora animosa de esta tesis, por su constante apoyo y paciente disponibilidad en todo momento, así como por tantas charlas estimulantes y clarificadoras.

Gracias también al Dr. Roberto Flores por sus útiles sugerencias sobre cuestiones bibliográficas, y tanto a él como al Dr. Karl Kobbervig por su pronta lectura de este trabajo.

INTRODUCCION

La figura y la obra literaria de Vicente Blasco Ibáñez han sido objeto en España de las polémicas más encendidas, ya que la crítica ha tendido a adoptar posturas extremas antagónicas que reflejan la división ideológica del país en dos bloques irreconciliables. Por esta razón, la activa participación de Blasco dentro del partido republicano federalista, ha dejado una huella imborrable en la valoración política de su figura que para unos encarna las mejores aspiraciones culturales, políticas y sociales de las clases medias y trabajadoras de Valencia, mientras que para otros es modelo de actuación heterodoxa, anti-religiosa y revolucionaria.

Por otra parte, en contraste con el reconocimiento literario que Blasco Ibáñez logró fuera de su patria, en España, desde el final de la guerra civil, ha sido la víctima de una extraña conspiración del silencio. Solamente en 1967, año del centenario de su nacimiento, se rompió este silencio para dar paso a una nueva actitud crítica ansiosa de planteamientos objetivos que coloquen tan debatida figura en el lugar que le corresponde. Ese año presencié la reedición de la biografía de Blasco hecha por Gascó Contell en 1921 y dio a la luz la de León Roca, el más completo estudio emprendido hasta ahora de la vida y la obra del escritor valenciano.

Pero si algo se puso de manifiesto en la celebración de este centenario fue la escasez de trabajos serios sobre Blasco y sobre todo la ausencia de una edición crítica de sus obras. En ese mismo año, José Domingo comentaba con tristeza en el periódico literario Insula (No. 354):

Muy pocos libros conmemorativos, unos biográficos, unos críticos, con preferencia de escritores o investigadores coterráneos. Algunos artículos más

o menos superficiales . . . silencio casi absoluto en las publicaciones de carácter nacional, así como en los círculos intelectuales del país.

En 1969 Betoret París, impaciente con esta situación, deploraba el estado lamentable de la crítica oficial y rompía lanzas en favor de Blasco calificándole de precursor y sosteniendo que fue uno de los pocos españoles de la época que mostraron tolerancia e integridad.¹

Ya los historiadores literarios españoles que escribieron poco tiempo después de la muerte del novelista, difundieron la imagen del Blasco "enfant terrible" que según Valbuena Prat, fue "un escritor de fama pasajera y de superficiales pretensiones ambiciosas . . . [y] despidió una estela de luminosidad universal pero transitoria."² Torrente Ballester, por su parte, todavía fue más duro en sus juicios sobre Blasco: "Era un típico burgués de izquierdas [que] careció . . . de cualquier virtud espiritual o intelectual. Su ideario (si tuvo alguno) es deleznable."³

Los mismos amigos del escritor, inclinados a una valoración de conjunto positiva de la figura y obra de Blasco manifestaron su pesar ante la supuesta transformación psicológica que se operó en él tras de su triunfo. Balseiro, por ejemplo, comenta:

Blasco a los treinta años era sencillo. Confiado pero no petulante. Mucho menos pretensor. . . . Sin embargo, una vez que a consecuencia de su prolífico viaje a Norte América conoció la abundancia, olvidóse de su deber como escritor, para con las Letras; para consigo mismo. No hablaba como literato, sino como industrial de los libros.⁴

y este punto de vista fue agrandado y llevado hasta el escrito decididamente panfletario por sus enemigos.

En el momento presente la cotización literaria de Blasco en círculos académicos es tan baja que nadie se preocupa de corregir errores de datos que aparecen en diversas publicaciones, mientras que otras pasan sobre él como si nunca hubiera existido. Este es el caso de una obra tan reciente como la de Oleza, quien estudia la novela española del XIX considerándola bajo su aspecto de portadora de la ideología burguesa.⁵ En su análisis de la novela naturalista española ni siquiera menciona a Blasco y eso que, a pesar de sus contradicciones, fue el único de los escritores españoles de la época que trató en sus obras abiertamente los problemas del proletariado.

Esta tesis tiene como objetivo contribuir a llenar el vacío existente hoy en día, provocado por la consideración polarizada de la figura de Blasco que no ha permitido llevar a cabo un estudio objetivo de su actuación política o de su obra literaria. En este trabajo se ha emprendido el estudio de las actitudes socio-políticas de Blasco tal y como se reflejan en una selección de sus obras que cubren la vida del escritor desde su juventud hasta sus últimos años, y se espera que con ello se aclararán en parte los interrogantes planteados en el momento actual de las letras españolas por la visión apasionada de esta figura literaria.

NOTAS DE LA INTRODUCCION

¹ E. Betoret París, "El caso Blasco Ibáñez," Hispania, LII, 1969, ps. 97-102.

² A. Valbuena Prat, Historia de la literatura española, III, Barcelona 1937, p. 436.

³ G. Torrente Ballester, Literatura española contemporánea, Madrid 1949, p. 179.

⁴ José A. Balseiro, Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, Baroja. Cuatro individualistas de España, The University of North Carolina Press, 1949, ps. 58-59.

⁵ Juan Oleza, La novela del XIX. Del parto a la crisis de una ideología, Valencia 1976.

CAPITULO I

ACTUACION POLITICA Y PRODUCCION LITERARIA MAS SIGNIFICATIVA

DEL PERIODO 1898-1905

Dentro de la agitada vida de Vicente Blasco Ibáñez, los primeros años de su juventud ocupan un lugar destacable porque ya en ellos se encuentran en embrión los elementos fundamentales de actitudes que se repetirán con variantes prácticamente hasta su muerte.

Nacido en Valencia en 1867, de padres procedentes de Aragón y propietarios de un pequeño comercio de comestibles, mostró pronto un carácter inquieto e inconformista. Cuando todavía no tenía diecisiete años, mientras estudiaba Derecho en la Universidad de Valencia, escapó de casa y marchó a Madrid con el manuscrito de una novela histórica como único equipaje, y para sobrevivir aceptó el puesto de "secretario" del ya anciano novelista Manuel Fernández y González, autor de novelas históricas al estilo de Scott y Dumas. Este aprendizaje dejó su marca en el primer estilo de Blasco y bajo esta influencia publicó entre 1888 y 1892 una docena de relatos románticos que más tarde deseó no haber escrito.

Durante su breve estancia en Madrid (del 8 de diciembre de 1883 al siguiente 2 de febrero), Blasco también encontró tiempo para hacer discursos en pequeños clubs políticos a los que había sido introducido por sus compañeros de pensión y de vuelta a Valencia tras haber sido "rescatado" por sus padres, continuó actuando como agitador en diversos clubs políticos al tiempo que proseguía con sus intentos literarios.

La obra más reciente y completa para estudiar la actuación del Blasco políticamente comprometido y de su actividad literaria en esta época es la de Loubès,¹ que junto con la biografía de Roca,² coautor del libro anterior, proporciona los datos más fidedignos para enjuiciar y valorar la labor de conjunto del escritor y político durante la parte más agitada de su vida.

El perfil político de Blasco queda delimitado desde su primera juventud. Sus ideas son las de la Revolución Francesa, exaltadora de los derechos del hombre, y a los diecisiete años ya ingresa en las filas del republicanismo federalista de Pi y Margall. Sin embargo Blasco chocó pronto con los representantes más anquilosados del partido; así es que la primera tarea que se impuso fue la de remozar el federalismo, despertando con ello la oposición de muchos correligionarios quienes prolongaron sus ataques a lo largo de toda la vida política del escritor.

Durante la etapa de 1884 a 1898 simultaneó su labor política con la de novelista. De esta época datan tres de sus primeras novelas: ¡Viva la República!, La araña negra y Los fanáticos,³ en las que aparece el tema político como base de la que se sirve para poner de manifiesto unas ideas que, en lo fundamental, no habían ya de cambiar.

Tras de su exilio en París en 1890, por haber organizado una manifestación en contra de la subida al poder de Cánovas, se opera en él un cambio en sus inclinaciones políticas, girando hacia el republicanismo progresista de Ruiz Zorrilla representado en España por Salmerón, ya que Zorrilla estaba entonces en el exilio. Las infructuosas tentativas de formar un gran partido republicano nacional acaban por conferir el liderazgo del partido llamado de "Fusión Republicana" a Salmerón. Blasco no fue más que

el representante en Valencia de tal partido, pero éste acabó por adquirir la originalidad que le prestó su jefe. Así se originó el "blasquismo" y para mejor poder difundir sus postulados, Blasco fundó en 1894 su periódico El Pueblo, comenzando al mismo tiempo la larga serie de polémicas, ruidosas detenciones y encarcelamientos de los que fue objeto su director. Este diario, en el que enterró todo el dinero heredado de su madre, fue también el vehículo canalizador de las aspiraciones literarias de Blasco quien ya desde el principio combinaba los artículos políticos y las noticias locales con un cuento que nunca faltaba. En realidad, el proyecto de Blasco era ambicioso, puesto que pretendía, al mismo tiempo que la propaganda política, la labor culturizadora de las clases populares a las que intentaba ganar para su partido (León Roca, Vicente Blasco Ibáñez, ps. 135 y 264).

Es preciso, al llegar a este punto, tomar en consideración cuáles eran las ideas fundamentales mantenidas por el blasquismo. Como Pi y Margall, pretendía Blasco la autonomía del individuo con las correspondientes libertades de imprenta, de asociación y de reunión. La libertad religiosa habría de desembocar, lógicamente, en una secularización de la vida y la enseñanza. Pieza fundamental de su doctrina era la supresión de la monarquía y el establecimiento del sufragio universal, auténtico y sin manipulaciones. Loubès señala que "lo que acentuó Blasco Ibáñez fue el aspecto revolucionario y la orientación socialista de las obras de Pi y Margall," (p. 20) pero en realidad, ni el análisis de sus discursos y textos políticos ni el de sus obras literarias, justifican la leyenda del Blasco extremista que ha pasado a ser tópico al enjuiciar su comportamiento político. Se impone el esclarecimiento de este punto porque, como se demostrará en esta tesis, Blasco

Ibáñez no fue nunca un extremista en lo que a ideas políticas se refiere, sino que fue la misma polarización de su patria en dos bloques antagónicos, el más poderoso de los cuales estaba caracterizado por un inmovilismo estructural sofocante, la que proyectó sus tensiones internas en este líder de masas, cuyos procedimientos de demagogo callejero fueron, ciertamente, mucho más radicales que su pensamiento político y social.

Con ese esquemático credo político, se lanza Blasco a ilustrar a sus seguidores. Lo fundamental es alcanzar la democracia a través del cambio de gobierno. Su mirada va siempre dirigida hacia el futuro, especialmente hacia los avances técnicos introducidos por los adelantos de la ciencia, como lógica reacción contra los valores dominantes de la clase social dirigente, orientados hacia el pasado. Conviene ahora, para mejor comprender las inquietudes políticas de Blasco, echar una mirada a la estructuración social de la España de la época.

La clase de mayor importancia está representada por la gran propiedad agraria, dentro de la cual la nobleza guarda la hegemonía ideológica. La alta burguesía, sobre todo la financiera, se separa de su clase originaria y se integra en un bloque de poder cuya influencia se ejerce por igual en el ámbito político y en el económico. Pero la integración de esta alta burguesía en el bloque del poder, no resuelve el problema de lo que Tufiñ de Lara llama "la otra burguesía", fuerza en ascenso sin posibilidad de acceder al poder si no es a través de un sistema de alianzas. El proceso de desarrollo económico y político hará cada vez más difícil la alianza con las clases trabajadoras, con quienes podrán pactar, en todo caso, los sectores inferiores de la burguesía, las verdaderas clases medias a quienes

el progreso técnico niega toda esperanza de tomar parte en los esquemas de poder de las altas clases.

España es en 1897 un país de dieciocho millones de habitantes con un crecimiento considerable de las grandes ciudades al llegar esta época. Pero en el censo de 1887 la población agraria constituye el 66,5% del total. La industria da el 14,6%, y los servicios el 18,7%.⁴

Queda, pues, confirmado el rasgo de país agrario de la España de entonces, y además con una estructura agrícola en la que la vieja ecuación latifundio-minifundio continúa con sus coeficientes invariables.

Durante los años de la Restauración nada contribuyó a fraccionar la propiedad agraria. Por el contrario, una ley de 8 de mayo de 1887 dictaba expropiación del veinte por ciento de tierras de aprovechamiento común cuya declaración no hubiese sido hecha por los Ayuntamientos. Fueron numerosos los casos de expropiación llevados a cabo por grandes propietarios, amparándose en la falta formal de títulos de los pueblos y, en ocasiones, presionando a las personas encargadas de la comprobación administrativamente, a nivel local y provincial. (Tufiñ, Estudios, p. 160)

Volviendo ahora la atención a la Valencia de Blasco Ibáñez, se percibe una ciudad en la que la artesanía y la pequeña industria están muy desarrolladas pero en la que la Restauración acentúa la diferencia profunda entre nobleza y burguesía por una parte, y clase artesana, que vive, definitivamente, de espaldas a ella, por otra. A decir de Roca, el obrero está totalmente desatendido de toda preocupación política, pero hay un fermento de malestar social, fomentado por los "internacionalistas", que las capas brillantes de la sociedad tratan de ocultar.⁵

La pequeña industria de Valencia, de técnicas atrasadas, va también acusando el malestar que aflige al país. La industria sedera, especialmente,

va cayendo en el desastre con la correspondiente paralización de la población laboral a ella dedicada. Según Roca las causas de la decadencia de esta industria, más que en la competencia extranjera, en la mecanización de los talleres, o en la enfermedad de los gusanos, deben buscarse en las buenas razones económicas de tipo impositivo que la Restauración estableció para poder sobrevivir. Los propósitos de relanzamiento industrial fueron esfumándose, tanto por la acción negativa de los políticos como por el "crac" del Banco Regional que hundió no pocas economías de los valencianos, situación que es bien reflejada por Blasco en Arroz y tartana, la primera de sus novelas de la llamada "serie valenciana".

Pero tras las conmociones de todo tipo que se sucedieron después del alzamiento de Prim, la calma había llegado con la Restauración, con el correspondiente olvido del espíritu de rebeldía que buscaba transformaciones constructivas. En este ambiente de carencia de fe en el porvenir, Blasco emprende el camino de la política como medio para canalizar sus intentos de reforma social. No era esta estructura social y económica la más adecuada para el desarrollo de las doctrinas socialistas. Según Loubès, "no existía en la capital levantina verdadero proletariado sino una multitud de artesanos, de obreros que formaban parte de gremios, de pequeños propietarios de tierras, de pequeños comerciantes. . . ." (p. 21).

Por otra parte, es preciso dejar bien claro el hecho de que ya en 1894, cuando publica Los fanáticos, Blasco estaba atacando no sólo a las fuerzas del oscurantismo religioso, personificadas en este caso por los jesuitas, sino también al anarquismo. Incluso antes de su incorporación al partido republicano federalista, Blasco ya veía claro "dónde estaba la verdad y

dónde la utopía. El anarquismo era la utopía. Una República idealista como la que él soñaba, no podía admitir los sistemas colectivistas."

(Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 52.)

Es urgente esta aclaración, porque incluso en la crítica extranjera y tan tarde como 1919, se dicen cosas tales como que Blasco era un comunista-socialista en sus primeros tiempos, y se expresa asombro porque en las obras recientes se observa un cambio de orientación que despierta la sospecha de que las convicciones de Blasco comienzan a tambalearse.⁶ Este tipo de confusión es frecuente y es lo que ha reforzado la reputación de extremista con la que el Blasco de los años jóvenes ha pasado a la posteridad.

Hay un párrafo de la biografía escrita por Roca sumamente esclarecedor en este sentido. Cuando Blasco empieza a dirigir La Bandera Federal, periódico mediante el cual intentó hacer llegar su credo federal a los trabajadores antes de la creación de El Pueblo,

se encuentra, sin saberlo, en la peor posición en que pueda encontrarse un político. Está contra la Monarquía y contra los anarquistas. La clase acomodada no gusta de las intempestivas irrupciones revolucionarias. Los anarquistas no ven en él más que a un pequeño burgués. Por tanto, si quiere captar y atraerse a los que simpatizan con los anarquistas, ha de acentuar sus ataques contra el tradicionalismo. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 78)

Es ésta una interesante observación que Roca menciona simplemente de pasada, y que bien puede adoptarse como hipótesis de trabajo destinada a esclarecer la ambigüedad que se refleja en las obras de Blasco más comprometidas políticamente, las llamadas "novelas de tesis," que ganaron para su autor la reputación de "revolucionario."

Es evidente que Blasco debía ampliar la base de su partido, para incorporar en él al sector social más extenso y más desposeído.

Una República conservadora no tenía mucha razón de ser y llevaba en línea recta a la restauración monárquica, . . . una República que procediese a transformaciones revolucionarias tenía que ser el producto de un bloque de Poder de varias clases sociales, de un compromiso entre el máximo a que pudiese llegar la burguesía y el mínimo que pudiese aceptar, aunque fuese un futuro punto de partida, la clase obrera y los trabajadores del campo. (Tufi6n, Estudios, ps. 144-145)

Si aceptamos esta tesis, bien puede entonces considerarse la postura de Blasco como clarividente. La labor de captaci6n de las masas populares, muy ayudada por los peculiares m6todos blasquistas, el mitin, la algarada callejera, la capacidad para conmover a su auditorio con su oratoria inflamada, dieron como resultado que en 1898, cuando present6 su candidatura, Blasco lograra tanto los votos de la clase media como los de "los de abajo."

Blasco intent6 la educaci6n republicana de la masa agr6cola de la huerta por tener conciencia de su falta de instrucci6n que la entregaba indefensa a las coacciones del caciquismo, pero, a pesar de sus campa1as de propaganda republicana por los pueblos de la provincia de 1891 a 1893, "no consigui6 formar a un electorado republicano consciente, por ser el campo esencialmente reaccionario, y en no pocos casos, carlista." (Loub6s, p. 21.)

Es, pues, la ciudad y no el campo la que dio el 6xito a Blasco Ib61ez, y es en la ciudad en donde persisti6 muchos a1os despu6s la influencia blasquista. El resentimiento de Blasco contra el campo valenciano se pone claramente de manifiesto en el art6culo que El Pueblo public6 el d6a 29 de marzo de 1898. El art6culo, escrito por el mismo diputado electo, refutaba con indignaci6n la acusaci6n de que solamente le hab6a votado "el populacho," expres6ndose en los siguientes t6rminos:

Aquí no hay más diputados por el populacho que los monárquicos . . . el populacho son esos tíos de la huerta que vuelcan el puchero, esas manadas que huelen a alpargata y establo y que a la voz de su cacique que no sabe leer ni escribir votan a cualquier candidato reaccionario a quien no conocen, sin mirar la papeleta, cuyas letras son para ellos geroglíficos, ahitos de borrego asado y vino venenoso, que es el último cebo para pescar su conciencia. . . . Como hombre político, voy a combatir la monarquía, a trabajar por el triunfo de la República. . . . Como diputado por Valencia voy a servir a mis conciudadanos . . . a los obreros, a los comerciantes, a los industriales, a todos los que aquí trabajan y sufren las consecuencias de este estado de desconcierto y ruinas, obra de la monarquía. (Loubès, p. 29)

En resumen, Blasco se pone al servicio, fundamentalmente, de los pequeños burgueses y de las clases medias, aun cuando su prestigio de líder carismático atrajera también a parte de las clases populares que conectaban fácilmente con esa imagen de hombre viril y directo tan apreciada por el pueblo español de todas las épocas. En realidad, esta influencia de tipo demagógico distrajo a muchos de su incorporación a formas de protesta social bastante más radicales que la representada por Blasco; pero, por otra parte, atrajo hacia él la animadversión de las capas sociales más conservadoras, que ya durante su campaña electoral, desencadenaron contra él toda una serie de ataques personales, tildándole de demagogo y anarquista (Loubès, p. 27).

La primera legislatura de Blasco (1898-1899) coincidió con el "desastre nacional" que terminó a fines del año con el tratado de París, al que Blasco llamó "la paz deshonrosa" (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 204).

Desde el principio, su actuación en la Cámara va a estar caracterizada por la introducción en ella de sus métodos directos. "Si voy a las Cortes," dice, "no seré de los que callen" (Loubès, p. 30) y, efectivamente, acusa al

gobierno de ejercer su dictadura sobre la prensa, la cual exige responsabilidades a los causantes de los fracasos de España. Se indigna por los cuarenta y tres millones que el presupuesto del Estado asigna al clero, y promueve un escándalo en las Cortes con su discurso sobre los repatriados, protestando enérgicamente contra la injusticia del servicio militar, del que quedaban librados todos cuantos pudieran pagar 1.500 pesetas, medida que condenaba fatalmente al cumplimiento del mismo a las clases más desposeídas.

Blasco menudea e intensifica sus ataques al gobierno, confiando en que la crisis nacional favorecerá el derrocamiento del régimen y la instauración de la República, pero contra lo que él esperaba, el régimen sorteó todas las dificultades y el país reaccionó con la apatía que le llevó a escribir su artículo Silencio nacional (Loubès, p. 35). Es ésta la primera de una larga serie de desilusiones que acabarán por minar el entusiasmo de este hombre de fe impetuosa, pero quien, a su vez, necesitaba nutrirse del eco que encontraba entre sus seguidores.

En este clima, El Pueblo comienza a publicar La barraca el 6 de noviembre de 1898. Loubès comenta brevemente:

El magnífico cuadro que representa esta novela, la tragedia colectiva y social que en ella se incuba, así como el tono de protesta y rebeldía, corresponden profundamente al clima de rebelión y protesta en que el autor estaba viviendo. (Loubès, ps. 35-36)

dejando al perplejo lector sin saber muy bien a quién corresponden en la novela la rebelión y la protesta o en qué modo están éstas conectadas con las del autor.

Roca, por otra parte, señala que fue la primera novela de Blasco que alcanzó un éxito total de crítica y transcribe varios comentarios que se

hicieron en la época. Algunos de ellos enfatizan las descripciones coloristas, otros el aspecto costumbrista, varios el problema de "la lucha por la existencia," y uno de ellos, el de Emilio Junoy en La Publicidad de Barcelona, mucho más significativamente, pone el énfasis en lo que podríamos llamar "la cuestión social" expresándose en los siguientes términos:

No es La barraca una adulación del pueblo, un canto banal de propagandista o de meneur; es una flagelación severa, es verdad, pero llena de amor; una pintura valiente de la ignorancia y de las injusticias de abajo; es la negación rotunda de la política del odio que hoy prevalece en el espíritu del proletariado en su riña torpe y fatal con la democracia pública; es decirle noble y honradamente al pueblo que sufre y trabaja, cuán mal obra martirizando de hecho y de palabra. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 207)

Se impone aquí una explicación de los acontecimientos sobre los que Blasco basó la trama de su novela para mejor comprender el pensamiento de su autor en esta época en que su vida está inmersa en el clima de "rebelión y protesta" de que habla Loubès.

Relata Roca, que por orden fechada en 25 de febrero de 1878, el alcalde de Valencia don José de Navarrete, marqués del Tremolar, dispuso que todo carro o caballería que entrase en la ciudad cargado de legumbres, debía ir acompañado por dos personas: una que cuidaría de la acémila y la otra que descargase la mercancía (Roca, Blasco Ibáñez y la Valencia, p. 80).

Los labriegos no aceptaron ni acataron esta disposición que exigía la presencia de un "ayudante" que en muchas ocasiones no podrían contratar, y dejaron de acudir a la ciudad. Fue ésta la iniciación de un conflicto que degeneró en verdadera rebelión huertana, y que dio lugar a que los labradores incendiaran las barracas de los compañeros insolidarios que se atrevían a vender verduras en la ciudad.

La huelga de los huertanos prosiguió con violencia y encono hasta dos años después, agravándose todavía más los acontecimientos a causa de la sequía que produjo la correspondiente pérdida de las cosechas. Fue una época calamitosa en el campo valenciano, y los labriegos se negaron a pagar el precio del arriendo de sus tierras que realizaban dos veces al año a arrendatarios residentes en la ciudad. Aquellos campesinos que rompiendo el tácito acuerdo pagaron el arriendo de sus tierras, vieron de nuevo quemadas sus barracas sin que nunca se supiera de quién era la mano causante de los incendios.

El conflicto de la huerta se desarrolló sin que jamás apareciese una agrupación política o social que se hiciese responsable de su dirección. La colectividad, movida por hilos invisibles, acusó el espanto que producía la amenaza encubierta. (Roca, Blasco Ibáñez y la Valencia, p. 82)

Blasco Ibáñez supo de estos acontecimientos cuando sólo era un niño y más tarde había de tomar los elementos de esta conjuración como base de su historia. En La barraca hay comprensión por la tragedia del tío Barret y la explotación de que son objeto los campesinos por parte de arrendatarios sin entrañas, pero su apoyo incondicional se dirige hacia Batiste, que se atreve a ocupar, a pesar de las amenazas de los otros labriegos, las tierras dejadas por el tío Barret tras la dispersión de su familia. Sin duda la intención de Blasco es azuzar a los campesinos quienes son, en palabras del maestro, portavoz del punto de vista del autor, "buenos pero muy brutos," alertarlos para que en lugar de actuar siguiendo el instinto ancestral de la tribu, cobren conciencia de su clase e intenten resolver sus problemas por una vía más racional. En este sentido hay que recordar siempre los intentos repetidos de Blasco por instruir al pueblo valiéndose de su periódico,

lanzando ediciones baratísimas de las obras literarias y filosóficas más importantes del momento, poniendo su biblioteca particular a disposición del pueblo, y llevando a cabo su proyecto de Universidad Popular; pero también pesaba sobre Blasco la amarga experiencia de sus fracasos en los intentos de aproximación a la gran masa campesina. Su postura respecto a ésta es lo suficientemente ambigua en la novela como para justificar el comentario de Junoy de que "es la negación rotunda de la política del odio que hoy prevalece en el espíritu del proletariado, en su riña torpe y fatal con la democracia pública," interpretación que automáticamente coloca a Blasco junto a las "fuerzas del orden."

Es irónico, en este sentido, que las únicas reivindicaciones del campesinado expresadas con alguna coherencia en toda la novela, estén puestas, paradójicamente, en boca de Pimentó, el hombre mantenido por su mujer, incapaz de trabajar e instalado permanentemente en la taberna del pueblo.⁷

Por otra parte, la descripción en la novela del tipo de justicia impartida por el tribunal de las aguas, al que se presenta como una institución trasnochada, refuerza la impresión de crítica de un campesinado al que sólo mueven la rutina y los prejuicios ancestrales. El cuadro formado por los jueces, de rasgos aldeanos, en el marco de la Puerta de los Apóstoles de la catedral valenciana se presenta en señalado contraste con el arrastre de tranvías y el estrépito de la vida moderna que "pasaba sin rozar ni conmover esta institución antiquísima . . . insensible al paso del tiempo, sin fijarse en el cambio radical de cuanto la rodeaba, incapaz de reforma alguna" (p. 504). Se recalca el hecho de que el tribunal administra justicia sin necesidad de levantar acta de los juicios ni utilizar papel sellado, pues los

aldeanos recelan con miedo supersticioso "el arte de escribir, por lo mismo que lo desconocen," y sin aceptar protestas ni apelaciones de los encausados.

Con todo esto, el ánimo del lector queda bien preparado para el veredicto del tribunal que falla, claro está, en contra de Batiste, víctima inocente de la conspiración huertana.

Así pues, la ambigüedad de la obra permite una lectura que interprete las intenciones de su autor como encaminadas a despertar la conciencia individual de los campesinos para que puedan estar en condiciones de pasar a la acción común organizada. En Batiste, Blasco ha plasmado toda la simpatía que experimentaba por el luchador aislado que intenta elevarse por encima de una situación impuesta fatalmente a los suyos por el peso de generaciones, para poder incorporarse a un tipo de vida más digno. Pero, por otra parte, al haber basado su obra en acontecimientos reales, por todos conocidos y repudiados, y al evitar el análisis en profundidad de la situación de los campesinos y de las razones que les llevaron a actuar del modo en que lo hicieron, deja también abierta la puerta a interpretaciones como la de Junoy con su crítica explícita del espíritu prevalente en el proletariado de la época, que incluye en el mismo saco la ciega venganza de un campesinado no concienciado y los intentos de una organización más coherente que el proletariado urbano comenzaba ya a emprender.

En su trabajo sobre La barraca, el más reciente y completo de los emprendidos hasta la fecha, R.A. Cardwell ya llama la atención sobre las evidentes contradicciones que se observan en la obra y que hacen difícil el determinar cuáles son las teorías específicas que Blasco desarrolla en

su novela.⁸ Su opinión es que la falta de estudios en esta área puede ser quizás explicada por el hecho de que el liberalismo de Blasco es difuso y a veces contradictorio. (p. 56).

En su referencia al episodio del tribunal de las aguas, del que ya se habló, Cardwell se pregunta perplejo: "Where does the author stand?" (p. 59). La interpretación sugerida en esta tesis responde a esta pregunta señalando que, obviamente, el autor está en contra de una institución a la que considera caduca e inoperante.

El resultado de todo ello, sigue Cardwell, es la dificultad de detectar dónde están las raíces de la tragedia, si en los propietarios y su actitud intransigente, en los campesinos, en las siniestras fuerzas de la huerta, o en el orgullo testarudo de Batiste. Quizás la riqueza de sugerencias sea la clave del éxito de la novela. Puede que en último análisis, el autor esté más interesado en su héroe y su lucha particular que en la condenación del sistema socio-económico sustentador de la tragedia que se desarrolla en la novela. Sin embargo, en este caso es lícito criticar a Blasco por su incoherencia literaria, concluye Cardwell, puesto que parece pasar por alto las implicaciones del método naturalista al prometernos una cosa y darnos otra (p. 91).

El pesimismo de Blasco respecto al campesinado queda todavía más patente en Cafias y barro, la quinta y última de sus novelas de la serie valenciana, escrita en 1902, durante el período de su tercera candidatura. El efecto combinado de elementos hereditarios nocivos actuando sobre los campesinos del Palmar y, sobre todo, de la atmósfera siniestra producida por una naturaleza hostil, remachan la impresión de un punto de vista determinista

que condena a los personajes de su novela a la repetición circular de una vida sin horizontes.

Gilbert Heartfield, en su análisis de esta novela, destaca la existencia en ella de un nivel mitológico sumamente interesante.⁹ La base del mito la proporciona la Albufera, un mundo acuático en el que incluso los seres humanos han acabado por desarrollar características semi-piscícolas. El tío Paloma, el más viejo del Palmar y su líder espiritual, es el prototipo del primer hombre, capaz de contar las viejas historias del lugar a modo de relatos cosmogónicos. La región tiene ciertas leyes que el tío Paloma observa y predica, la más importante de las cuales es el hecho de que uno debe continuar siendo pescador y permanecer contento con lo que la naturaleza, la Albufera, proporciona a cada uno de sus hijos.

Los comienzos de este pequeño cosmos acuático están registrados en los archivos de la comunidad, son "rollos sagrados" que dan testimonio de los privilegios otorgados por los reyes para la fundación de la región.

El tío Toni, hijo del tío Paloma, peca contra las leyes de la comunidad al abandonar su profesión de pescador y comenzar a trabajar la tierra. En su acertado análisis Heartfield señala que Toni representa al rebelde social, al modo de Batiste en La barraca, al no-conformista, que lucha una batalla personal contra la injusticia social y económica. No hace falta aclarar que las simpatías de Blasco van dirigidas hacia este personaje patético, el único digno de admiración de todo el friso de habitantes del lugar que se presenta al lector.

Tonet, hijo del tío Toni, también viola las leyes de la Albufera, pero lo hace a causa de su invencible pereza y de su rechazo del trabajo. Neleta,

su amante, peca igualmente contra los dictados de la Albufera al adoptar un sistema falso de valores, buscando por medios indignos el modo de escapar de ese mundo de miseria para marcharse a vivir a Valencia como una señora respetable.

Sangonera, el vago oficial del lugar, también peca por su rechazo sistemático del trabajo. Este parásito tiene su propia religión, opuesta a la de la Albufera. Sangonera considera el trabajo como una invención del diablo, persigue una relación mística con Jesucristo a través del alcohol, lleva flores en el pelo, vive de la caridad de los demás y se rebela contra el medio en que le ha tocado vivir sin realizar esfuerzo alguno para intentar transformarlo.

Este mundo cerrado tiene también su leyenda que incluye a una serpiente como personaje central. Según Heartfield, hay por lo menos dos niveles de interpretación simbólica de esta leyenda, uno de ellos, el obvio, referido a Neleta y Tonet, pero el otro está relacionado con el mundo de la Albufera. Sancha, la serpiente, simbolizaría a la Albufera, el monstruo de los pantanos que estruja lentamente a sus habitantes, paralizándolos y matándolos. Efectivamente, todos estos transgresores de las leyes de la Albufera sufren su castigo, el cual es llevado a efecto por una Naturaleza implacable.

También señala Heartfield el énfasis de Blasco en poner de relieve el lado brutal del hombre en un medio que, lejos de estimular el intelecto, favorece el desarrollo de lo irracional (p. 174). El objeto de su tesis es, en realidad, el estudio de los elementos naturalistas de las cinco novelas valencianas, pero, quizás por ello, hay ciertos aspectos ante los que su

análisis se detiene sin llevar las conclusiones a sus últimas consecuencias. Así, por ejemplo, cuando señala la existencia en la novela de un elemento de determinismo socio-económico que afecta a los personajes del Palmar y que se origina en la esfera política, Heartfield se limita a referir cómo, según el tío Paloma, los primeros hombres de la Albufera gozaban de una libertad de vida que nunca se repitió en la historia de la región. Jaime I y los monarcas subsiguientes donaron a los pescadores otros territorios circundantes y les otorgaron ciertas libertades a cambio de una quinta parte de la pesca total. Sin embargo, las cosas cambiaron con el transcurso de los años y con la llegada de la Hacienda, con su nuevo e injusto sistema de impuestos, que fue una de las causas más importantes de la condición empobrecida de los habitantes del Palmar.

Hasta aquí Heartfield, quien, por cierto, no se extiende ya más sobre este punto. Pero la forma en que Blasco narra esta parte de la novela da pie para una interpretación muy distinta. El tío Paloma dice:

Aquellos eran otros tiempos. Los reyes, excelentes personas, con la mano siempre abierta para los pobres, se contentaban con el quinto de la pesca; no como ahora que la Hacienda y demás invenciones de los hombres se llevaban cada tres meses media arroba de plata por dejarlos vivir en un lago que era de sus abuelos.--Y cuando alguien le decía que el quinto representaba mucho más que la famosa media arroba de plata, el tío Paloma rascábase con indecisión la cabeza por debajo del gorro. Bueno; aceptaba que fuese más; pero no se pagaba en dinero y se sentía menos.
(v. I, p. 859)

De más está señalar que el autor está utilizando aquí el mismo tipo de ironía con que describe la "justicia" del tribunal de las aguas en La barraca. El "excelentes personas" aplicado a los reyes, tan execrados por Blasco desde su primera juventud, y su "generosidad" para con los pobres,

que resultaba ser explotación mayor aún que la de la actual Hacienda, destruye de un solo golpe toda la credibilidad que el lector haya podido depositar en la verosimilitud de las interpretaciones oraculares del tío Paloma.¹⁰

Todavía hay más aspectos del pensamiento de Blasco que quedan interesantemente revelados por el mismo uso de la ironía en la valoración de los relatos del tío Paloma:

¡Y qué admirable organización la de la Comunidad del Palmar! El tío Paloma se entusiasmaba hablando de esta obra de los antiguos. El lago era de los pescadores. Todo de todos; no como en tierra firme, donde los hombres han inventado esas porquerías del reparto de la tierra, y le ponen límites y tapias, y dicen con orgullo: "Esto es tuyo y esto es mío," como si todo no fuese de Dios y como si al morir se pudieran poseer otros terrones que los que llenan la boca para siempre.

La Albufera, para todos los hijos del Palmar, sin distinción de clases; lo mismo para los vagos que se pasaban el día en casa de Cañamel [el tabernero], que para el alcalde, que enviaba anguilas lejos, muy lejos, y era casi tan rico como el tabernero.

(v. I, p. 859)

Para la interpretación de este párrafo merece la pena recordar las palabras de Roca citadas con anterioridad con respecto a Blasco y a sus ideas sobre los sistemas colectivistas (ver p. 11). Por otra parte, se evidencia en numerosas ocasiones, de las que se hablará más adelante, que Blasco era un ferviente partidario de la propiedad privada. La cita anterior, por tanto, hay que entenderla en la línea de comentarios irónicos iniciada al dar cuenta de los relatos legendarios del tío Paloma.

En Cañas y barro Blasco pone de manifiesto la miseria y brutalidad de las condiciones de vida del grupo de campesinos más empobrecido de toda la región valenciana. Su descripción del sorteo anual de los puestos de pesca

que, según la interpretación del tío Paloma, era modelo de justicia ya que permitía al pobre del año anterior hacerse rico al corresponderle un puesto privilegiado en el presente, no hace sino mostrar la deficiencia de un sistema que ilusiona falsamente a los pescadores con una lotería que, en definitiva, no pone fin a su miseria sino que la distribuye por turnos. Es obvio que el pragmatismo de Blasco y su adhesión a sistemas de pensamiento científico-positivistas, no podía mostrar simpatía por una forma de justicia que por muy popular y democrática que fuera, fiaba al azar la solución de los problemas.

La interpretación de Heartfield al concluir su análisis de Cañas y barro es que la lucha por la existencia de los habitantes del Palmar se lleva a cabo en una naturaleza hostil que mantiene unas leyes rígidas para con estas criaturas, lo que remacha el pesimismo de Blasco en sus novelas valencianas con respecto al destino y al futuro humanos. Es ésta, quizás, una conclusión excesivamente radical. Es muy posible que la aplicación de técnicas naturalistas en todas las novelas de la serie valenciana forme parte de la adopción consciente de un modelo estético, el de Zola, al que Blasco admiraba profundamente y cuya muerte, que tuvo lugar cuando Blasco estaba precisamente acabando esta novela, parece haber influido en su final desolado (Loubès, p. 54).

No es aventurado, tampoco, afirmar que la adopción de las técnicas naturalistas por este hombre, excelente observador de una realidad que conocía íntimamente, dio como resultado la producción de sus mejores obras. Pero Blasco no era, de ningún modo, exclusivamente pesimista. En Cañas y barro, como en La barraca, la solución que ofrece al problema de la masa

campesina habría que buscarla en el rechazo de presiones ancestrales bien establecidas que no hacen sino perpetuar las condiciones de miseria. Los esfuerzos de un individuo aislado, el tío Toni en Cafías y barro, Batiste en La barraca, por admirables que sean están condenados al fracaso. En ninguna parte se formula explícitamente, pero queda implícita la idea de que la solidaridad de una masa organizada con conciencia de clase es, quizás, la única forma de emerger de esa situación embrutecedora. Esta es, al menos, la idea que expondrá repetidas veces en sus novelas de tesis, especialmente al comparar campesinado y proletariado urbano. Sin embargo, como en el caso de La barraca, la lectura inmediata de la novela produce en el lector una impresión ambivalente. Si la interpretación anterior es posible, también lo fue la de Mariano Cavia, cuando la novela acababa de ser publicada:

El vaho pérfido y enervante de la gran laguna nos turba y postra, tanto como llegarían a contagiarnos los casos de paludismo moral y social que nos presenta el novelista, si a esas enfermizas fiebres que hace brotar del gran pantano de las voluntades muertas y los apetitos ruines, no les aplicase un final horrible y espantable. Y si enfrente--apresurémonos a decirlo--de los hijos de la pereza y el vicio, a quienes impone cruel y fiera sanción, no alzase Blasco Ibáñez las hermosas y ejemplares figuras, en su bravía tosquedad, del tío Paloma, el hombre lacustre; de su hijo el tío Toni, obstinado soberbiamente en su labor de arrebatarse a las aguas el dominio de la tierra, y de la humilde Borda, dechado de abnegación y mansedumbre, entre tanta gente de aquella a quien el famoso tribuno de la plebe retrata en sus libros sin el menor dejo de adulación y halago. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 258)

Lo que el crítico no señala es que estas figuras "hermosas y ejemplares" son tan víctimas del medio ambiente y tan duramente castigadas como "los hijos de la pereza y el vicio." La naturaleza no hace distinciones.

Esta dimensión cósmica justificaría otra posible lectura, la de Eoff, quien ve reflejada en esta novela la angustia del hombre del siglo XIX, en

búsqueda de su afirmación individual, en un mundo mecanicista del que Dios ha desaparecido y en el que la auto-conciencia es absorbida por una fuerza cósmica, encaminada simplemente a la preservación de la especie, sin cuidarse para nada del individuo.¹¹

Es éste un punto de vista que no invalida, sin embargo, la interpretación en apoyo del Blasco alertador de conciencias dormidas. Hasta qué punto él mismo creía en la eficacia de este procedimiento aplicado a una masa humana con problemas específicos muy distintos a los del proletariado urbano y, prácticamente, analfabeta, es cuestión mucho más debatible.

Tras el éxito literario de Cafias y barro, Blasco Ibáñez está en la cumbre de su popularidad. Acababa ya su tercera legislatura, pero comenzaba también la escisión en las filas republicanas valencianas. "Para Blasco se iniciaba el hastío y el desengaño político" (Loubès, p. 55).

Sin embargo, y a pesar de los disidentes que pasaron a engrosar el partido "sorianista," formado en torno a la figura de Rodrigo Soriano, primero amigo íntimo y después enemigo irreconciliable de Blasco,¹² éste es nominado en abril de 1903 para una cuarta legislatura. De todas formas, la situación política creada en Valencia por los dos partidos en pugna se encontró tanto que fue llevada a las Cortes como cuestión de orden público, acabando los dos contrincantes por desafiarse públicamente. El duelo se verificó, pese a las protestas del presidente de la Cámara y a las medidas preventivas tomadas por el gobernador de Madrid (Loubès, p. 57).

Se acentúa ahora la reputación de Blasco como cacique, y éste se defiende atacando a los elementos conservadores y clericales. Las sesiones de Cortes son borrascosas y en ellas no se debaten sino cuestiones personales, lo

que aumenta el desencanto y el desánimo de Blasco.

En este clima, el 4 de noviembre del mismo año se publica La catedral, justo cuatro días antes de las elecciones municipales.

Todo hace creer que se ha pensado en la obra no como novela literaria, sino como instrumento de propaganda política para salvar las elecciones y mantener en alto el prestigio del partido, un tanto quebrantado desde las elecciones del mes de abril. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 281)

Efectivamente, Blasco trabajó en esta obra sólo tres meses y en medio de las tensiones suscitadas por los enconos de los dos partidos rivales. Con ella comienza una nueva serie de novelas "nacionales," con la que, según Roca, quiere adelantarse a sus enemigos.

Quiere, antes que otra misión literaria, hacer formal y seria la afirmación de sus ideales republicanos y demócratas. Es como si tratase de demostrar ante sus amigos y enemigos, que él es más radical que quienes le atacan desde la misma orilla.

Todas las dudas suscitadas por los sorianistas en artículos y mítines, las anula Blasco Ibáñez en su novela La catedral con la afirmación de su laicismo. Mostrarse más intransigente que Soriano, más avanzado socialmente que él, más revolucionario, era una conducta eficaz para su vida pública. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, ps. 284-285)

El mismo Blasco califica las novelas de esta serie como "sociales" o de "tendencia," y en la famosa carta de 1918 dirigida a Cejador se justifica diciendo que las escribió con sinceridad y entusiasmo, esperando que sirvieran de reactivo para despertar al país tras la catástrofe colonial. (v. I, p. 18).

Roca refiere también que, en la entrevista que tuvo con E. Zamacois, Blasco dijo que era de todos sus libros el que menos le gustaba: "Le encuentro pesado . . . Hay en él demasiada doctrina," reconoció él mismo (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 283).

Para el propósito de determinar la ideología política de Blasco, la novela es, sin embargo, de gran interés, como lo son las tres novelas restantes de la serie. Pero hay que proceder con gran cautela en el análisis de las mismas puesto que no hay que olvidar, si aceptamos las declaraciones de Roca, que en ellas Blasco está tratando de hacer profesión de fe revolucionaria ante un enemigo que le acusaba de tibieza.

Lo precario de esta postura se pone de manifiesto comenzando por la figura del protagonista, en quien se ha querido ver una proyección del mismo Blasco. Efectivamente, Gabriel Luna, ex-seminarista, también vive en su juventud un exilio en París, en el transcurso del cual pierde la fe, se empapa del pensamiento científico de la época, y se adhiere a una nueva religión, la sociología revolucionaria, con el mismo entusiasmo con que había vivido el catolicismo de su infancia y primera juventud.

Sin embargo, a pesar de la indignación que en él causaba la injusticia social y de que consideraba a la autoridad como fuente de todos los males,

La dulzura de su carácter, el odio que le inspiraba la violencia . . . le hacían apartarse de los nuevos camaradas, que soñaban con hecatombes por la dinamita y el puñal para aterrar al mundo, obligándole a aceptar por el miedo las nuevas doctrinas. No; él confiaba en la fuerza de las ideas y en la inocente evolución de la Humanidad. Había que trabajar como los primeros apóstoles del cristianismo, seguros del porvenir, pero sin prisa por ver realizadas sus ideas; puestos los ojos en la labor del día sin pensar en los años y los siglos que tardaría en dar su fruto. (v. I, p. 961)

En resumen, Blasco ha creado en la figura de Luna al anarquista pacífico, al teórico idealista capaz de ganarse no sólo la simpatía del lector, sino también la suya propia. Hay que recordar la animadversión por el anarquismo que Blasco venía sosteniendo desde su juventud y que su postura

oficial al respecto quedó claramente fijada en la famosa sesión de Cortes del 12 de junio de 1899, cuando Pi y Margall pidió la revisión del proceso de Montjuich y tras él, Blasco salió en apoyo de los presidiarios anarquistas. Su defensa la llevó a cabo en nombre de la justicia y la verdad, pero cuando se le acusó de simpatizar con el anarquismo no vaciló en condenarlo en nombre del respeto que se debe a la vida humana:

¿Es posible creer que un hombre de sentimientos humanitarios pueda estar conforme con esos crímenes? Nosotros los execramos. Pero, por lo mismo, en nombre de esos sentimientos humanitarios, somos enemigos de que un crimen se persiga por medio de otro crimen, de que a la violencia se conteste con violencia. (Loubès, p. 111)

Pero, al mismo tiempo que con rasgos positivos, Luna es presentado desde el principio, con una debilidad que le invalida y que surge precisamente de su bondad. Es por convicción y por naturaleza un idealista, un teórico incapaz de detectar la maldad que le rodea. Así, cuando al regreso de su exilio comenzó a participar en mítines políticos:

Algunos oyentes, los más sombríos, sonreían con gesto compasivo oyendo sus maldiciones a la fuerza y sus himnos a la dulzura y al triunfo por la resistencia pasiva. Era un ideólogo al que había que oír porque servía a la causa. Ellos que eran los hombres, los luchadores, sabrían en silencio aterrar la sociedad maldita, ya que se mostraba sorda a la voz de la verdad. (v. I, p. 962)

Por otra parte, el rechazo de la acción por parte de Luna está sujeto, de nuevo, a una valoración ambivalente; es positivo, porque mediante ese rechazo evita su participación en actos violentos, pero negativo al postergar indefinidamente la realización del objetivo.

Es éste un dato importante si tenemos en cuenta que Blasco había girado ya de joven hacia el republicanismo de Ruiz Zorrilla, quien defendía la tesis

del pronunciamiento como único modo de instaurar la República (Loubès, p. 20). Además, cuando el 16 de marzo de 1906 renunció a la política y se dirigió a sus electores explicando las razones que le habían movido a ello, expresa su frustración ante la parvedad de los logros y se lamenta del tiempo que llevan prometiendo al país la República sin resultado alguno. Según Darío Pérez, poco a poco Blasco había ido pensando que "la evolución era una teoría bien compaginada con el sentido conservador y gubernamental del posibilismo republicano, pero era, al mismo tiempo, un camino que no conducía a ninguna parte." Por esta razón, Blasco se inclinó hacia los revolucionarios quienes "apoyándose en el aforismo tantas veces divulgado por Salmerón: 'cuando los caminos de la legalidad están cerrados, es lícita la apelación a las armas,' y considerando la inocuidad de la evolución, preconizaron la violencia que además ofrecía la ventaja de transformar la organización estatal arrancando de cuajo los obstáculos tradicionales" (Loubès, p. 166).

Gabriel Luna cumple en la novela su función de mero difusor de unas ideas que interesaba a Blasco dejar oír de alguna forma, puesto que sus últimas intervenciones en las Cortes se habían limitado a mezquinas disputas sin ningún vuelo político. El objetivo principal es el ataque abierto contra la Iglesia y el orden social y político existente, pero la incapacidad de Luna para detectar la violencia que germinaba en torno suyo, precisamente por la difusión de sus ideas disolventes, hace que aquélla se vuelva fatalmente contra él. Sólo cuando está a punto de morir a manos de los desposeídos a quienes creía estar ayudando, se da cuenta de que "no había previsto el peligro de enseñar a los ignorantes, en unos cuantos meses, lo que requería toda una vida de reflexión y estudio" (v. I, p. 1067), al mismo tiempo que su muerte invalida precisamente las tesis más exaltadas de su programa.

Evidentemente, la masa no está en condiciones para ponerlas en práctica.

De nuevo, como en las otras obras ya analizadas, nos encontramos frente a una galería de personajes ínfimos e ignorantes, incapaces de comprender que es preciso sublimar los intereses puramente egoístas, para ponerlos al servicio de una causa común que, sin embargo, les devolverá su dignidad de seres humanos. Lo que Blasco critica en ellos no es el hecho de que roben a la Iglesia, que a su vez ha robado y explotado, sino que lo hagan para hacerse ricos, para entrar a formar parte del grupo de privilegiados "que goza el bienestar esclavizando a los humanos" (v. I, p. 1068).

Sin embargo, no deja de parecer un tanto injusto que esta reprimenda vaya dirigida precisamente a los que históricamente han estado siempre apartados de esos privilegios. Así pues, el supuesto contenido revolucionario de la obra muestra su debilidad de base, al poner de manifiesto el miedo del autor a unos cambios sociales que vislumbra violentos, y de esta forma la obra se diluye en una ambigüedad que va a ser la nota dominante de las cuatro novelas que componen esta serie.

Blasco está ahora en la cumbre de su consideración como novelista a escala nacional y comienza a ser conocido fuera de España. Justamente antes de que Blasco comenzara a escribir La catedral había llegado a Valencia un ejemplar del Bulletin Hispanique dedicado todo él al escritor valenciano. Su autor, E. Merinée, decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Toulouse, escribe el primer trabajo serio acerca de la obra literaria de Blasco y, haciendo referencia a los compromisos políticos del escritor, señala:

que no olvide que también se sirve a la patria
haciendo que por medio de obras que tal vez sean

inmortales, se fije en ella la atención de la Europa ilustrada. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 279)

Sea ello simple coincidencia o no, lo cierto es que Blasco ha abandonado ya el tema valenciano y se lanza a un proyecto deliberado de reflejar la realidad política y social de la España de su tiempo. Siguiendo el plan trazado, se traslada a Bilbao el 17 de diciembre de 1903 para buscar allí el escenario y el argumento de su próxima novela. La gran huelga de mineros de octubre del mismo año había tenido como objetivos fundamentales conseguir que la jornada laboral diaria no excediera de las diez horas y que se suprimieran los cuarteles o barracones en donde el obrero estaba obligado a comer. Los trabajadores solicitaban libertad para que los comestibles fueran administrados en la forma en que ellos creyeran más conveniente. Más de veinte mil obreros participaron en una huelga que, en realidad, había comenzado como un acto de solidaridad con cinco compañeros expulsados por la dirección de la mina Orconera por haberse destacado en la manifestación del primero de mayo, pero que acabó transformándose en una huelga por reivindicaciones precisas. No obstante, y aunque los obreros ganaron la huelga, los patronos no cumplieron sino a medias las prescripciones del bando de Lorna con el que se solucionó la misma, especialmente lo referente a barracones y cantinas.¹³

El 16 de junio de 1904 aparece El intruso, la novela de Blasco inspirada en estos acontecimientos. En contra de lo que había sucedido con La catedral, El intruso obtuvo inmediatamente un éxito de crítica (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 204).¹⁴ El hecho no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta el clima de anticlericalismo que se respiraba en las principales capitales de España. Como dice Loubès:

Está en el ambiente la denuncia de la influencia religiosa en los destinos de España y en el Congreso, los diputados menos radicales denuncian la supeditación de la cosa pública a las órdenes monásticas. (Loubès, p. 65)

Efectivamente, El intruso rezuma anticlericalismo. Su personaje central, el doctor Aresti, es un médico de pensamiento materialista que considera cualquier forma de dictadura teocrática como absolutamente perniciosa para el progreso de la humanidad. A pesar de ser un burgués su toma de conciencia ante los problemas sociales le decide a renunciar a una clientela distinguida y elige vivir entre la masa obrera urbana. Blasco encuentra numerosas ocasiones para poner de manifiesto la diferencia profunda entre proletariado urbano y campesinado, habida cuenta de la existencia en la zona minera de Vizcaya de los obreros llamados "ambulantes," que procedían de otras regiones, especialmente de Galicia, Asturias y Castilla, y solían realizar tareas de peonaje peor retribuidas (Tufón, El movimiento, p. 348). Blasco remacha que esta masa de peones forasteros, deseosos de ahorrar durante unos meses para volver a sus tareas del campo, están dispuestos a pasar por todo tipo de explotaciones y abusos, pues su deseo es marcharse, y por tanto jamás se solidarizan con las huelgas del obrero que vive en la región y que ya está organizando su protesta (v. I, ps.1084-1085).

Los labriegos convertidos en mineros eran el contrapeso inerte, incapaz de voluntad, que imposibilitaba la ascensión de los que vivían en aquella tierra. (v. I, p. 1085)

Pero la novela oscila entre dos polos: problemática obrera, por una parte, y teocracia ejercida por los jesuitas sobre la ciudad, por otra. El doctor Aresti cumple, entre otras, la función de poner en relación estos dos polos por su parentesco con el magnate Sánchez Morueta, enriquecido de

la noche a la mañana gracias a la explotación del mineral de hierro en Bilbao. Este personaje, auténtico "self-made man" con el que evidentemente Blasco simpatiza, está pintado con rasgos positivos, pero su pecado es dejarse arrastrar por las fuerzas reaccionarias, por el oscurantismo jesuítico. En cierto modo, es traidor a su clase, la burguesía liberal, y de aquí su ambigüedad, pues su valor positivo como capitalista de reciente cuño debía haberle hecho orientarse hacia posiciones progresistas, mientras que en realidad, bajo la influencia de su mujer, Sánchez Morueta claudica ante las fuerzas del oscurantismo.

Por esta razón, las relaciones entre los dos primos, al principio cordiales, acaban enfriándose, hasta el punto de que en el momento culminante de la novela (el del enfrentamiento entre los romeros que acuden al Santuario de la Virgen de Begoña, y los obreros de las fábricas), Aresti y Sánchez Morueta se encuentran en campos antagónicos.

Blasco termina su novela con una nota de optimismo sumamente vaga. Nada se ha resuelto, pero Aresti evoca una era futura mejor en la que:

la Humanidad, incapaz ya de representar bajo formas groseras sus aspiraciones y anhelos, adoraría en el infinito de su idealismo las dos únicas divinidades de la nueva religión: la Ciencia y la Justicia social.
(v. I, p. 1214)

Es posible, de todas formas, que esta vaguedad en cuanto a posibles soluciones por una parte, y la postura furibundamente anticlerical, por otra, no hagan sino reflejar las contradicciones republicanas en su relación con el proletariado. Blasco insiste incansablemente en la necesidad de concienciar al individuo en el derecho inalienable del ser humano a la libertad, pero, como Tufón señala:

[el mismo Pi y Margall] llegó a aceptar que la simple libertad no resuelve los problemas económicos y aún menos la situación de "las clases jornaleras." Su preocupación social [la de Pi y Margall] es grande, pero no puede decirse de él que sea un socialista. Como dice Gumersindo Trujillo, "su socialismo es más bien un benévolo reformismo." (Tufi6n, La Espa1a, p. 323)

Hay que recordar, por otra parte, que una de las causas del fracaso de la Primera Rep6blica fue el hecho de que 6sta quedara aislada de su base izquierdista y de su base obrera. Bien es verdad que fueron las propias organizaciones obreras las que acabaron por rechazar la colaboraci6n con una Rep6blica a la que consideraban el 6ltimo reducto de la burgues1a, y de ello se hab1a de lamentar el mismo Engels (Tufi6n, La Espa1a, p. 250), pero la rebeld1a peque1o burguesa tendi6 a favorecer el florecimiento profuso del anticlericalismo, lo que hist6ricamente la favorec1a a su vez, "ya que el trabajador pensaba que la 6nica causa de sus males eran los curas y frailes" (Tufi6n, La Espa1a, p. 323). En este sentido no deja de ser significativo el que en una novela que se propone la presentaci6n de los conflictos entre el capital y la fuerza obrera adoptando el punto de vista de 6sta, la figura del magnate S1nchez Morueta se perfile con rasgos positivos y que solamente adquiriera un car1cter negativo cuando la influencia nefasta de los jesu1tas le enajena de su clase.

El intruso es la 6ltima novela que Blasco escribe en Valencia. En palabras de Roca, "hay algo en la actitud del novelista que hace adivinar un cambio radical en su vida" (Roca, Vicente Blasco Ib1a1ez, p. 296).

Al parecer, desde Madrid atisba otros horizontes. Tiene all1 ganado el prestigio de su firma y de su fama, que se est1 ya consolidando en Francia. De todas formas, y como se1ala Loub6s, comienza a alejarse de los focos

políticos y ni siquiera responde a los ataques de sus enemigos de siempre, signo inequívoco de desprecio y desencanto (Loubès, p. 67).

De diciembre de 1904 a febrero de 1905 escribe en Madrid La bodega, que el día 27 de febrero se pone a la venta y obtiene un éxito de crítica notable (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 302). En esta novela Blasco se hace eco de los problemas que afectaban al campo andaluz.

El 8 de julio había tenido lugar la inmensa marcha de campesinos sobre Jerez. El momento era de bajas cosechas, descontento acentuado y de aumento del paro forzoso. Procedentes de todos los pueblos de la comarca, armados de hoces y palos, ocuparon durante la noche la ciudad hasta ser desalojados por la Guardia Civil. Estos sucesos ocasionaron la muerte de un trabajador y de dos propietarios. La de éstos originó un severo proceso contra numerosos campesinos y el 10 de febrero recibieron garrote vil cuatro de los procesados, acusados de una complicada sedición, en cooperación con el ex-diputado avanzado Fermín Salvoechea, residente en Cádiz, al que se quería hacer pasar como cabecilla de esta insólita "revolución." El tribunal militar dictó diez penas de cadena perpetua, y Salvoechea fue condenado a doce años y un día de prisión (Tuñón, La España, p. 287).

Blasco transforma a Salvoechea en el revolucionario de nombre simbólico Fernando Salvatierra, el "santo laico," como le llamaban sus propios adversarios, desprovisto de egotismo y siempre dispuesto a acudir en auxilio de los desgraciados. Aunque odiaba la violencia, la predicaba a los de abajo como único medio de salvación, por lo que era suficiente su presencia en Andalucía por unas semanas para que al momento se concentrara la fuerza pública.

Los rasgos del idealista Gabriel Luna se han afinado todavía más para caracterizar a este personaje convertido ya casi en un mero símbolo. Es un anarquista que no cree en ninguna forma de gobierno, puesto que éstas buscan siempre la consolidación en el poder de ciertas clases sociales que oprimen a las otras. De nuevo, sin embargo, se manifiesta la debilidad básica del personaje a pesar de sus rasgos positivos: hay una falta de adecuación entre lo que el "santo" desea y los métodos para llevarlo a efecto. Su vida es puro testimonio y dedicación personal al servicio de los débiles, pero rechaza la acción a través de la política. ¿Podía Blasco estar de acuerdo con esto? Salvatierra es paradigma de actuación humana noble y desinteresada, por lo que cumple perfectamente la función de portavoz de las ideas que al autor le interesa exponer y porque su ejemplaridad sirve de contraste a la corrupción de los plutócratas que, instalados en la riqueza desde hace generaciones, no tienen ningún deseo de que la situación existente cambie, pero, como le había sucedido ya a Luna, para el final de la obra la predicación de sus doctrinas ha dado fatalmente el resultado lógico. Los huelguistas, totalmente desorganizados y deseosos de revancha, matan a un "burgués" que resulta ser un triste oficinista, casi tan desposeído como ellos, pero, para su desgracia, poseedor de unas manos no curtidas por el trabajo del campo.

Salvatierra está a punto de dejarse arrastrar por primera vez por la cólera y el desencanto, pero, de nuevo, la novela termina con la nota optimista y vaga ya conocida por las anteriores, esperando la "Rebeldía Social."

Lo que es muy explícito en esta ocasión es la actitud de franco rechazo del campesinado como grupo capaz de protagonizar esa rebeldía.

Más allá de los campos estaban las ciudades, las grandes aglomeraciones de la civilización moderna, y en ellas otros rebaños de desposeídos, de tristes; pero que repelían el falso consuelo del vino, que bañaban sus almas nacies en la aurora de un nuevo día. . . . Ellos serían los elegidos. (v. I, p. 1363)

Y es que la idea primaria de Blasco la de la necesidad de ilustración de la masa ignorante, está siempre presente con machacona reiteración. Claramente la expresa en su artículo Explicación innecesaria, publicado en 30 de enero de 1905:

La misión de los revolucionarios españoles no consiste únicamente en agitar los ánimos, sino en educar a los hombres, en difundir la cultura entre ellos, pues sin un pueblo culto y consciente la República futura arrastraría una vida de dificultades. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 304)

Así lo expresa también un personaje de la novela, un gañán jovencito, al que por su afición a libros y papeles sus compañeros llamaban el "Maestríco," y en cuya boca Blasco pone las siguientes palabras:

Pero la instrucción aislada e individual resultaba inútil: sólo servía para formar desertores, tráns-fugas, que se apresuraban a alinearse con el enemigo. Debían instruirse todos al mismo tiempo: adquirir la gran masa el conocimiento de su fuerza apropiándose de golpe las grandes conquistas de la razón humana. (v. I, p. 1271)

Por inviable que parezca semejante proyecto de adquisición de la cultura en masa, no cabe duda de que Blasco lo consideraba parte fundamental de un programa político que la República tendría que llevar a efecto si quería triunfar como forma de gobierno para el país. Las contradicciones sobre este punto son constantes.

Así, su ambivalente postura con respecto al campesinado se pone de manifiesto pocas líneas más tarde:

Pero al volver su vista [Salvatierra] por la gañanía, llena de sombra y de humo, creyó abarcar con sus ojos toda la Humanidad explotada e infeliz, . . . todos aparecían embrutecidos, repugnantes, sin voluntad para salir de su estado; creyendo confusamente en el milagro como única esperanza, o pensando en una limosna cristiana que les permitiese un minuto de descanso en su desesperado rodar por la cuesta de la miseria. ¡Cuánto tiempo no había de transcurrir hasta que aquella pobre gente abriese los ojos y aprendiera el camino! (v. I, p. 1271)

Conviene resaltar este punto para comprobar la prolongación de esta línea de pensamiento a todo lo largo de la vida de Blasco Ibáñez. En Lo que será la República española (cap. IX) Blasco escribe:

Sería absurdo que la República española resuelva las cuestiones sociales en 24 horas. Ni en 24 meses, ni en 24 años llegará a realizar esta labor completamente. (Loubès, p. 86)

Mientras tanto, su abandono paulatino de la política sigue su curso. En el año 1905 el diputado valenciano dejó definitivamente de asistir a las sesiones de Cortes. En Valencia El Radical no desaprovecha ocasión de atacar al "cacique rojo," como se le llama en una novelita editada en la imprenta de este periódico. Se va formando en la ciudad la "leyenda negra blasquista" (Loubès, p. 72).

Sin embargo, durante dos legislaturas más, Blasco Ibáñez siguió ostentando el título de diputado republicano y de jefe del movimiento blasquista de Valencia, aunque "a partir de su quinta legislatura Blasco no es ya más que un escritor" (Loubès, p. 70). La popularidad que como tal empieza a gozar es, evidentemente, un alivio para el diputado desengañado, quien concentra sus energías en una propaganda periodística ejemplar, precedente a la

publicación de la cuarta y última de las novelas de esta serie (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 306).

La horda salió a la venta el 23 de junio de 1905 y los periódicos insertaron numerosas críticas, en su mayoría favorables. Sobre ella dice Loubès:

Ciertas páginas no pueden comprenderse sin la presencia de Blasco abogando por su doctrina social y defendiendo a las manifestaciones obreras madrileñas violentamente reprimidas por las fuerzas de seguridad durante el gobierno de Villaverde. (p. 73)

y considera que esta obra demuestra que Blasco no se ha retirado de la lucha política, sino que, por el contrario, su pensamiento social se ha hecho más profundo.

Las manifestaciones obreras a que hace referencia Loubès se produjeron efectivamente en Madrid bajo el gobierno Silvela, siendo ministro de Hacienda Fernández Villaverde.

El hundimiento de un depósito de aguas de Lozoya, que causó la muerte de cuarenta obreros (hundimiento del que resultaba culpable la dirección de obras, según dictamen de una comisión oficial), produjo una manifestación popular reprimida violentamente por las fuerzas de seguridad que causaron un muerto y catorce heridos. El entierro de las víctimas se convirtió en importante manifestación política bajo la dirección de Pablo Iglesias. (Tufón, La España, p. 365)

El personaje central de La horda, Maltrana, es precisamente uno de esos tráfugas desertores de su clase de que hablaba el "Maestrico" en La bodega. Perteneciente por nacimiento a las capas sociales ínfimas, se margina de ellas al haber conseguido una educación superior. El autor lo presenta desde el principio indiferente a las cuestiones políticas e insolidario con los miserables entre los que vive. En realidad, lo que Maltrana pretende mediante

su cultura es la escalada a la clase superior, sueño al que su madre sacrificó su vida. Es inteligente y lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de la vaciedad y el cinismo de los representantes del orden establecido con los que entra en contacto, pero no tiene inconveniente en poner su inteligencia al servicio de esos inútiles, incluso en las formas más humillantes, porque espera que de este modo su vida acabe por dar el tan deseado salto hacia arriba.

Tenemos, pues, de nuevo a un personaje en posición ambivalente, lúcido observador y crítico de las situaciones injustas que tiene amplia oportunidad de contemplar diariamente a su alrededor, pero mercenario y egoísta a más de abúlico y dado a forjarse las más disparatadas ilusiones con respecto a sí mismo.

Pero hay más personajes ambiguos en la obra. El padraastro de Maltrana, el señor José, es un albañil que arrastra su miseria con estoicismo, pensando que sus compañeros exaltados y revolucionarios son unos ilusos que creen posible la utópica reforma social. Su postura atrae las iras de sus compañeros, que le llaman "el borrego."

¿Y qué es lo que digo yo para que me llamen borrego?
Que esto de que el pobre se ponga sobre el rico o a un igual suyo, y que el criado se monte sobre el amo, no pue ser. Que siempre ha habido unos con dinero y otros sin él, y siempre será así. Que eso de los "metinges" y de las sociedades sólo sirve para llenar de humo la cabeza del trabajador y echarlo a la calle a que le calienten las costillas. (v. I, p. 1392)

Antiguo guardia civil, es decidido defensor del orden porque si se deja al hombre en libertad "veremos la que se arma," pero a pesar de su natural pacífico y bondadoso, el señor José tiene momentos de exaltación en los que queda claro que este hombre dulce, incapaz de matar una mosca, no vacilaría

en descargar un fusil sobre los enemigos del orden sacrosanto. Sin embargo, va perdiendo su fe en el orden establecido, a fuerza de golpes, y empieza a expresarse en términos alarmantemente arriesgados:

Te digo Isidro . . . que soy otro, y que cada día pierdo algo de mis creencias. Esto es el fin del mundo: todo farsas y mentiras. . . . Los ladrones, los verdaderos ladrones, que turban el orden y la paz, los que ponen en peligro la vida de los hombres, están muy altos, en sitios adonde no llega la autoridad. (v. I, p. 1456)

Es ahora cuando Blasco toma los sucesos acaecidos en Madrid y los integra en la novela. El señor José está trabajando en la construcción de un gran edificio gubernamental y sabe que dada la pésima calidad de los materiales empleados hay un riesgo de hundimiento de toda la obra.

Y por tres o cuatro pesetas estamos allí centenares de hombres honrados, con la muerte en la garganta, mientras los culpables hacen vida de grandes señores. Yo soy imparcial y reconozco mis engaños. A esos que hablan de revoluciones del pobre los creo, como siempre, unos escandalosos perturbadores, pero en algunas cosas no les falta razón. (p. 1456)

El acento de sinceridad del señor José en estas declaraciones, hace sospechar fuertemente en la identificación del autor con su personaje en este momento de su evolución. Este es, muy posiblemente, el punto de vista del mismo Blasco con respecto a socialistas y, no digamos, anarquistas.

El hundimiento de la construcción se produce, claro está, y el señor José es la víctima propiciatoria, la única en la novela; la realidad fue menos piadosa. Sigue la manifestación de los obreros y la represión política. Maltrana, que de forma involuntaria se ve envuelto en los acontecimientos, se salva posiblemente de la muerte gracias a su ropa que le

distingue de los obreros, a pesar de estar en esos momentos en una indigencia total. Es un señorito y "por primera vez en su vida se dio cuenta de las ventajas y privilegios de aquel traje que era para él un uniforme de miseria" (v. I, p. 1473).

Hay una insistencia por parte de Blasco en poner de manifiesto la importancia del vestido como símbolo de adscripción a una clase social determinada a pesar de las condiciones reales de quienes lo adoptan. En La bodega, el oficinista, obrero de "cuello blanco," muere a manos de los gafanes mientras que en La horda, Maltrana, hijo de obreros, se salva gracias a la confusión de la policía que le toma por señorito.

Si las tres novelas anteriores de esta serie acaban en forma elusiva, la cuarta es todavía más desconcertante. Maltrana ha pasado por mil vicisitudes, la peor de las cuales es la muerte de su mujer en condiciones de absoluta sordidez, pero el final le sorprende tan cerrado en su egoísmo como lo estaba al principio. Contempla Madrid desde una colina y la ciudad se convierte en símbolo de una política nacional insostenible. Su pensamiento, significativamente, dirige sus ataques hacia las campanas de los conventos "de monstruosa grandeza" (p. 1515), que no pueden atraer a los pobres porque éstos adivinan lo falso de su sonido. Y sigue pensando:

Alguna vez la horda dejaría de permanecer inmóvil. Los que entraban en Madrid al amanecer se presentarían a mediodía. Ya no aceptarían los despojos: pedirían su parte; no tenderían la mano: exigirían con altivez.

Y las gentes felices temblaban de pavor ante las caras amenazantes, las vestiduras miserables, las miradas de fámélico estrabismo, los anhelos locos y criminales de la destrucción. ¿Dónde se habían ocultado hasta entonces aquellos monstruos? ¿De qué antro surgían? . . . Y bien, gentes dichosas: habéis vivido con ellos sin saberlo. Acampaban junto a vuestros muros, pasaban todos los días ante vuestras puertas a la hora de vuestro

sueño. No los habéis visto porque eran débiles, porque se arrastraban humildes. Negabais su existencia porque no proferían amenazas. Ni piedad ni misericordia tuvisteis con ellos cuando aún era tiempo. . . . (v. I, p. 1515)

En esta descripción, fuertemente cargada de emotividad, Blasco parece estar dando rienda suelta a su vena huguesa para presentarnos un cuadro catastrófico de proporciones épicas que, al mismo tiempo, conjure a los diablos de la revuelta social.

Maltrana continúa:

¿Qué le faltaba a la horda? Jefes, pastores audaces que la guiasen a las alturas, conociendo el camino. ¡Ay, si los que nacían en su seno armados con la potencia del pensamiento no despertasen avergonzados de su origen! ¡Si los siervos de la pobreza, como él, en vez de ofrecerse cobardemente a los poderosos se quedasen entre los suyos, poniendo a su servicio lo que habían aprendido, esforzándose en regimentar a la horda dándole una bandera, fundiendo sus bravías independencias en una voluntad común! . . . (p. 1515)

Parece ésta la conversión de un Maltrana que por fin ha visto con lucidez su propia situación y su posible misión, pero el giro que se produce a continuación es tan brusco que toma al lector totalmente desprevenido. En ese momento, Maltrana oye los lloros de su hijo, la criatura cuyo nacimiento causó la muerte de su madre, y siente despertar en él una energía nunca conocida hasta entonces:

¿Qué le importaba ya la suerte de los infelices, el destino de la horda miserable y los tremendos conflictos que pudieran desarrollarse en lo futuro?

A vivir: toda su vida la tenía en sus brazos . . . Quería que fuese de los felices, de los dichosos, de los fuertes. Ya que el mundo estaba organizado sobre la desigualdad, que figurase su hijo entre los privilegiados, aunque para ello tuviese que aplastar a muchos. (v. I, p. 1516)

¿Cómo interpretar el final de la obra que cierra el ciclo de estas novelas de tesis? ¿Está el hombre que siete años antes inició con entusiasmo su carrera política, admitiendo su claudicación, su estar de vuelta de todas las esperanzas en ella depositadas? ¿O está expresando su reprobación tácita por la postura cínica adoptada por Maltrana y señalando, implícitamente, el camino a seguir, un camino violento, sin duda, si se han de lograr reformas sociales?

La ausencia de definición hace sospechar otra vez las vacilaciones y conflictos internos del mismo Blasco con respecto a este tema espinoso. Y así se cierra la serie de unas novelas que, según Roca, comenzaron a escribirse para hacer ostentación de pensamiento radical, pero que aparentemente no hacen sino revelar las contradicciones del hombre que las escribió. Hay que coincidir con Rafael Conte en que "seguir el pensamiento político de Blasco Ibáñez, suele ser una aventura intelectual lamentable, y una apasionante visión personal."¹⁵

Tomada ya la decisión de marcharse de Valencia definitivamente (aun cuando a estas alturas su vida discurría casi íntegramente en Madrid), Blasco vendió El Pueblo a su redactor y amigo Félix Azzati. El 16 de marzo de 1906, el Presidente de sesión anunciaba a los miembros de la Cámara la carta de renuncia del diputado valenciano, y el mismo día, en El Pueblo, Blasco hacía públicas sus explicaciones en el escrito titulado A mis electores (Loubès, ps. 75 y 165). En él se lamenta de la ineffectividad de una actuación parlamentaria que se prolonga indefinidamente sin traer la revolución prometida, de la necesidad de cortar con lo que considera una situación de farsa y engaño al pueblo. Hace incluso referencia a desengaños personales

y al abandono en que se vio en algunas circunstancias, pero asegura que su renuncia no significa abandono de sus ideales. "Nadie crea por esto que me voy. Lo que he hecho, es salirme de las filas. . . ." (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 167).

Pero es evidente que con esta retirada se cierra una etapa fundamental de su vida. Como dice Loubès: "se acabaron ya los alegatos doctrinarios de las novelas de los tiempos heroicos" (p. 79).

Su producción novelesca se orienta ahora hacia otros temas. El Blasco políticamente activo ya había muerto cuando dio comienzo a su experiencia argentina.

Las conclusiones alcanzadas en este capítulo tras el análisis de las obras escritas por el novelista durante el período 1898-1905 difieren significativamente de las de Loubès. El trabajo de éste es imprescindible, puesto que trata de ir más allá de los apasionamientos partidistas y dar una visión objetiva de la significación política y literaria del Blasco de esta etapa. Es correcta su visión del hombre entusiasta, puesto al servicio de unos ideales democráticos, evidentemente progresistas para la España de su época, del desmitificador del antiguo régimen, furibundo anticlerical y anti-monárquico. Su preocupación obsesiva por la educación de las masas no debe, de ningún modo, perderse de vista. También es fácilmente comprobable la afirmación de Loubès de que las mejores novelas de Blasco fueron escritas durante la época en que vivió más intensamente el compromiso con su partido y con su público. Sin embargo, el entusiasmo de Loubès por el Blasco de la etapa heroica le hace pasar por alto el hecho de que, ya durante ella, el novelista arrastraba consigo las contradicciones que andando el tiempo iban

a cristalizar en actitudes personales difíciles de reconciliar con sus ideales democráticos y humanistas. Es esto, precisamente, lo que se ha puesto de manifiesto en este capítulo.

NOTAS DEL CAPITULO I

- ¹ J.N. Loubès y J.L. León Roca, Blasco Ibáñez Diputado y Novelista, Universidad de Toulouse, 1972.
- ² León Roca, Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, 1967.
- ³ A pesar de su interés para el conocimiento de las ideas políticas, religiosas y sociales blasquistas, estas obras no se han vuelto a publicar, aunque es posible que Editorial Aguilar que prepara la publicación del volumen V de sus obras completas las incluya en este volumen. Se editaron en Valencia en 1892 y 1893. (Véase Loubès, p. 23).
- ⁴ Manuel Tuñón de Lara, Estudios sobre el XIX español, Madrid, 1972, p. 158.
- ⁵ León Roca, Blasco Ibáñez y la Valencia de su tiempo, Ayuntamiento de Valencia, 1978, p. 64.
- ⁶ Hayward Keniston, "Blasco Ibáñez," The New Republic, XX, 26 Nov. 1919, ps. 12-14.
- ⁷ Vicente Blasco Ibáñez, Obras completas, Aguilar, Madrid, 1969, v. I, ps. 549-550.
- ⁸ R.A. Cardwell, Blasco Ibáñez: La barraca, London, 1973.
- ⁹ Gilbert B. Heartfield, Aesthetics and Naturalism in the Five Valencia Novels of Vicente Blasco Ibáñez, The University of New Mexico, 1972, ps. 170-186.
- ¹⁰ En el mismo error que Heartfield cuando interpreta esta párrafo cae Rafael Sosa en su insuficiente análisis de Cañas y barro (véase Sosa, Vicente Blasco Ibáñez a través de sus cuentos y novelas valencianos, Madrid, 1974, p. 116).

¹¹ Sherman H. Eoff, The Modern Spanish Novel, New York University Press, 1961, p. 115.

¹² Aristócrata que se incorporó al partido de "Fusión Republicana," fue protegido por Blasco y participó junto a éste en las elecciones que le otorgaron la tercera legislatura y en las que Soriano también resultó elegido diputado. Tras su ruptura con Blasco, fundó su propio partido, el "Radical Republicano," y continuó activo en política tras la retirada de Blasco.

¹³ Tufón de Lara, El movimiento obrero en la historia de España, Madrid, 1972, p. 348.

¹⁴ Loubès, sin embargo, dice: "La crítica asustada por los temas desarrollados en la obra, apenas si se atrevió a comentar el libro" (p. 66).

¹⁵ Rafael Conte, "Vicente Blasco Ibáñez: Lecciones de un Centenario," Cuadernos Hispanoamericanos, 72 (1967), p. 511.

CAPITULO II

DOS OBRAS DESTACABLES DEL PERIODO DE 1905 A 1920

A. "Los argonautas:" una novela de transición

Se ha visto cómo la investigación sobre las obras de Blasco más comprometidas con la realidad social de su tiempo arroja un balance impreciso. De su época de actividad política directa emerge, especialmente al principio, un Blasco intenso y sincero, alertador de conciencias dormidas, y que por su fuerza vital y sus características de líder de masas, supo encauzar los vagos sentimientos de rebeldía de extensas capas de población y asumirlos como símbolo viviente del ideal republicano.

Pero la disparidad de las aspiraciones que se centraban en el concepto de República (posesión inmediata de las tierras para los campesinos andaluces, consecución del poder político para la clase trabajadora, proteccionismo económico para el pequeño comerciante y el campesino medio), además de la falta de unidad dentro del mismo republicanismo federal, tenían que dar como resultado inevitable la confusión de objetivos, la ausencia de un programa coherente y la presencia de una alta carga emocional especialmente a nivel de política regional.

La personificación en Valencia del símbolo de todas estas tendencias contrapuestas es él mismo, un hombre contradictorio, quizás incluso sin tener demasiada conciencia de ello puesto que Blasco no se concedía suficiente tiempo para meditar los temas. Dotado de una energía vital extraordinaria,

necesitaba de la acción y del cambio constante, lo que también influyó en que la trayectoria de su actuación personal fuera irregular y contradictoria. Ya se ha visto cómo al final de su etapa política, su actividad en este campo, iniciada con tanto entusiasmo, se desvanece paulatinamente, al mismo tiempo que sus obras reflejan el cambio de orientación de su vida y anuncian, en realidad, el comienzo de una nueva etapa.

Esta se inicia con el proyecto de emigración a la Argentina, con la finalidad de explotar unas 800 hectáreas de terreno cerca del río Negro, en Patagonia. Roca dice:

Convertirse en estanciero no es concretamente a lo que aspira. Su ambición es mucho mayor. Tal vez colonizador, quizá fundador de pueblos.
(Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 399)

La idea nació durante la serie de conferencias que Blasco inició en 1909 bajo los auspicios del director del periódico argentino La Nación y que, al parecer, le reportaron 200.000 pesos argentinos de ganancias.¹ Durante esta visita, según cuenta el mismo Blasco, comenzaron las ofertas tentadoras para quedarse en el país y levantar una fortuna como cultivador de tierras.

Al principio me negué; pero luego me fui dejando ganar por la quimera. El ensueño de hacerme millonario, aunque no fuese más que por una temporada; la perspectiva de mandar en un ejército de trabajadores, de transformar el aspecto de un rincón del mundo, de crear lugares habitables en el desierto, eran visiones demasiado brillantes para que no aceptase correr los riesgos de una empresa tan gigantesca.²

Blasco no fue nunca un puro teórico, y porque necesitaba resultados en cuantas tareas acometía, no podía rechazar una oferta que le servía en bandeja un proyecto del que sería directamente responsable y que desafiaba su capacidad de organizador y reformador de realidades sociales, a más de

ofrecerle la tentadora posibilidad de su enriquecimiento personal.

El gobierno ponía a su disposición esas tierras ayudándole en la obtención de créditos bancarios para llevar a cabo su explotación, pero él mismo tuvo que invertir una fuerte suma en maquinarias y canales de regadío (Smith, p. 30).

En agosto de 1910 inició los trabajos en "Cervantes," nombre que dio a la colonia de Patagonia, y aceptó además la invitación de colonizar con el apoyo económico del gobierno provincial, tierras en Corrientes. Esta concesión, situada casi en zona tropical, recibió el nombre de "Nueva Valencia," y para su colonización Blasco reclutó a agricultores valencianos especialistas en el cultivo de arroz y agrios.

Sabido es cómo terminó tan ambiciosa empresa. En 1912 tuvo lugar en la Argentina la depresión económica que cerró las posibilidades de obtención de créditos bancarios. En 1913 Blasco tuvo que vender "Cervantes" para poder pagar a sus deudores y abandonó también la obra iniciada en Corrientes volviendo a Europa, a París concretamente, donde comenzó a escribir Los argonautas, primera y única novela de otro ambicioso proyecto, también frustrado, que había de tratar en obras sucesivas, de la epopeya de los conquistadores en América.

La Argentina se desvanece en su horizonte vital tras el fracaso como hombre de negocios. El novelista vuelve a sus novelas, aunque, según Roca,

hoy Corrientes y Nueva Valencia son el granero arrocerero de la Argentina gracias a los procedimientos de regadío que llevó e instauró Blasco Ibáñez [y] en ambas ciudades existen familias muy acomodadas descendientes de aquellos trabajadores valencianos que acudieron a la llamada del novelista. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, ps. 433-434)

Los argonautas se publicó en 1914, pocas semanas antes del comienzo de la primera guerra mundial, por lo que el libro pasó casi desapercibido. Llevaba Blasco cerca de seis años sin escribir nada, absorbido por las vicisitudes de su aventura argentina, y él mismo esgrime este dato como excusa para justificar la prolijidad de una narración dos veces más larga que las usuales en él. Admite también que en ella se da un exceso de doctrina y que sus personajes "no se cansan nunca de hablar," atribuyéndolo al hecho de que el padre de estos hijos de su imaginación había estado en silencio demasiado tiempo y, por tanto, necesitaba ese desahogo verbal (v. II, p. 490).

Es éste un dato que debe tenerse en cuenta, puesto que el mismo Blasco está admitiendo responsabilizarse de gran parte de las teorías expuestas por sus personajes, subrayando lo que tantas veces se observa en sus novelas: la proyección del autor en ciertos personajes caracterizados por su acometividad y entrega personal a una empresa determinada.

En este caso son dos los "alter egos" del novelista: el ex-diplomático Ojeda y, sugestivamente, Maltrana, a quien se dejó en La horda dispuesto a conseguir para su hijo la fortuna al precio que fuera. Ambos se encuentran, y acaban por entablar una gran amistad, a bordo del "Goethe," transatlántico que se dirige a la Argentina cargado de emigrantes de toda Europa y de los afortunados sucesores de otros emigrantes que constituyen ahora la aristocracia y la fuerza económica y política del país. Todo el libro respira una obsesión crematística. Tanto Maltrana como Ojeda esperan, naturalmente, alcanzar la fortuna, así como también todos los emigrantes de a bordo. El barco se presenta como un microcosmos en el que todas las clases sociales

están representadas, y apartadas unas de otras según su importancia y categoría.

Ojeda, antiguo diplomático y hombre de cierta importancia social, aunque sin dinero de momento, viaja en primera clase, pero también Maltrana, quien a fuerza de importunar a amistades que gozan de influencias, ha conseguido un pasaje de primera por el precio de uno de tercera. Desde el principio Blasco lo presenta como cínico simpático, en una caracterización que mantiene a lo largo de toda la obra, y, fiel a ella, él mismo admite:

En justicia yo debía ir abajo, comiendo rancho con ese rebaño de judíos y cristianos, rusos, alemanes, turcos, españoles y . . . Idemonios coronados!, pues aquí vienen gentes de todos los países. Pero soy lo que llaman un pobre de levita, y alguna vez había de servir para algo bueno la santa desigualdad social, base, según dicen, del orden y las buenas costumbres. (v. II, p. 516)

También en su carácter de agudo observador de la realidad, Maltrana ha investigado concienzudamente todo el barco, haciéndose democráticamente popular en todos sus sectores, llegando a la conclusión de que hay una aspiración que unifica a todas las distintas clases sociales y que es la esperanza. Esta observación le da pie para lanzarse a filosofar sobre la naturaleza del ser humano, quien, a pesar del conocimiento que como "bestia de razón" posee de la precariedad de su situación vital, puede ser optimista porque dispone de la capacidad del olvido y de la esperanza. Pero, fijando su atención en cuestiones más prácticas, señala también que el barco transporta quince millones en oro enviados por los bancos de Europa para hacer préstamos a los agricultores argentinos, y lamenta que los tiempos no favorezcan las acciones heroicas, puesto que fantasea con la posibilidad de sublevar a la gente de tercera y, al frente de ella, hacerse con todo ese oro.

A pesar de su popularidad con todas las clases sociales de a bordo, Maltrana confiesa su debilidad por los ricos y, cándidamente, le dice a Ojeda:

Yo hago este viaje por ganar dinero, por el ansia de saber qué es eso de la riqueza; y no lo hago sólo por mí. Tengo un hijo, y aunque uno se ría de ciertos burgueses que justifican sus malas acciones y sus latrocinios con la cualidad de padres de familia, crea usted que esto de la paternidad nos impulsa a grandes cosas y nos hace valerosos como héroes. . . .
(v. II, p. 526)

A estas alturas la postura de Blasco, en su papel de narrador, con respecto a las diferencias sociales está muy claramente establecida: los de abajo aspiran a llegar arriba y además desprecian a los inmediatamente inferiores. En la popa del barco, donde viajan los pasajeros de tercera, existe también una división en castas: los "aristócratas" que "miraban con desdeñosa conmiseración al rebaño de abajo y con envidia revolucionaria a los del castillo central," y el rebaño en cuestión, cuya presencia es fácilmente detectable por el olfato. Las impresiones sensoriales, especialmente olfativas, juegan su papel en la novela para expresar un rechazo, auténticamente visceral, de la miseria física, asociada a la económica, de las clases bajas y, por contra, el natural deseo humano de incorporarse a una clase social que huele a una mezcla de "soda y agua de colonia." "Parecía ser de un planeta distinto la vida que se desarrollaba cuatro metros por encima de la muchedumbre emigrante" (v. II, p. 569).

La "lucha por la existencia," aplicada al deseo de mejora social, da como resultado que los antiguos desposeídos, una vez enriquecidos, cierren filas para evitar el acceso a la clase elitista de otros advenedizos, al

mismo tiempo que resienten al emigrante que aspira a hacer dinero fácil sin pasar por las vicisitudes que ellos han experimentado. Uno de estos "parvenues," Manzanares,

admiraba la brutalidad como la más grande de las facultades, y se hacía lenguas de un gobernante cuando amenazaba con perseguir a la "canalla popular" . . . Y pedía el fusilamiento inmediato a un lado y otro del Océano de todos los que escriben en los papeles, oficio que sólo sirve para que los obreros pidan menos horas de trabajo y aumento de jornal. (v. II, p. 576)

Maltrana, en su calidad de oportunista depositario de las simpatías de todas las clases sociales de a bordo, se pasea entre ellas disfrutando de su triunfo popular, pero volviendo siempre a primera y a sus charlas confidenciales con Ojeda, en quien encuentra un interlocutor benévolo e inteligente. Tras una de sus visitas a tercera, desarrolla su teoría favorita sobre la esperanza humana que, si en otros tiempos fue mística, es ahora positiva y cifra sus anhelos en el bienestar material.

Sentimos la imperiosa necesidad del dinero como no la sintieron nuestros abuelos; y los que vengan detrás la experimentarán con mayor ímpetu que nosotros. Yo deseo ser rico: no tengo rubor en confesarlo; es lo único que me preocupa. (v. II, p. 590)

En todo este diálogo entre Ojeda y Maltrana, parece como si Blasco estuviera verbalizando sus propias preocupaciones sobre el tema obsesivo que en este momento absorbe toda su atención y que justifica su color de aspiración netamente humana. Ojeda representa, por así decir, la parte más idealista de su personalidad, confesando la necesidad del dinero, pero considerándola como una segunda prioridad tras el amor. Maltrana, sin embargo, es mucho más radical en sus posturas:

El quería ser rico por serlo, por conocer las dulzuras del más irresistible de los poetas, las satisfacciones orgullosas y egoístas que proporciona la llamada "potencia de dominación." (v. II, p. 591)

Acusa a Ojeda de poderse permitir el lujo de ser idealista porque, en realidad, no ha conocido nunca lo que es la auténtica pobreza; y con vehemencia rechaza la alabada noción popular del "pobre pero honrado" con las siguientes palabras:

¡Mentira! Ningún pobre puede considerarse honrado, ya que la pobreza es una deshonra, un certificado de incapacidad. Ciertamente habrá siempre pobres, como hay en el mundo feos, contrahechos o imbéciles. Pero el que tiene un defecto físico o intelectual no hace gala de él, antes procura remediarlo; y el pobre que se resigna con su suerte y no busca hacerse rico, sea como sea, a las buenas o las malas, es un cobarde o un inútil, y no puede convertir su vileza en un mérito. (v. II, p. 591)

Dejando aparte ciertas exageraciones como la de hacerse rico por el procedimiento que sea, "a las buenas o a las malas," propias del encanallado Maltrana, es muy posible que Blasco suscribiera en esta etapa de su vida en que perseguía con entusiasmo el hacerse millonario, un ideal de comportamiento que, curiosamente, se asemeja al del criterio calvinista. La riqueza se convierte en la señal distintiva de los elegidos, de los luchadores, del hombre de acción, tan admirado siempre por el novelista, y la pobreza, por contra, en un estigma, la marca de deshonra de quien la acepta sin sublevarse contra ella.

Al mismo tiempo, y según este punto de vista, el mismo Maltrana encuentra una cierta justificación a sus vilezas, puesto que si ha recurrido a procedimientos inconfesables con tal de conseguir dinero, ello se ha debido a un intento, en sí digno de todo encomio, de elevarse por encima de su miseria.

En la línea de la picaresca tradicional, hace su propia apología sacando a colación, de nuevo, su ambición paternal, pero también percibe lo falso de su justificación:

Sé bien que la tan alabada paternidad no pasa de ser un sentimiento egoísta, como el amor, como el patriotismo, como tantas ideas respetables e indiscutibles que traen revuelto al mundo. . . . La vida entera no es en realidad otra cosa que una urdimbre de egoísmos, pero yo carezco de fuerzas para reformarla. (v. II, p. 593)

¿Palabras de Maltrana, o es acaso su creador quien habla por su boca? En verdad, este párrafo parece dar la razón a quienes atribuyen a Blasco una visión pesimista de la humanidad, y a su luz se explicarían en parte, sus propias decisiones e indecisiones. Al mismo tiempo, no deja de ser un intento demasiado fácil, desde un punto de vista intelectual, de justificar lo injustificable.

Ojeda hace ver a Maltrana que quizás su hijo no conseguirá con todo ello otra cosa que ser, como tantos hijos de rico, un ser inútil para la sociedad. Maltrana exclama:

Lo he pensado muchas veces; ¿y qué . . . Yo tengo tanto derecho como cualquier burgués a producir un hijo inservible y decorativo. No todo en el mundo debe ser útil. (v. II, p. 593)

Hay evidencia de que Blasco dedicó a este tema del hijo de padre rico más de un pensamiento. Gascó relata las confesiones que el novelista le hizo rememorando su época de colonizador, y ante él se expresaba del siguiente modo:

Yo estaba abocado a ser un precursor, como los hay en el origen de cada familia de millonarios de América. ¿Valía mi sacrificio la pena de efectuarlo? Aunque hubiese de llegar a ser algún día un capitán auténtico, se podía perdonar el bollo por el

coscorrón. ¿A santo de qué sacrificarme para que mis nietos gastasen en Montmartre los capitales reunidos por la labor del abuelo, como ocurre en tantas familias sudamericanas? (Gascó, p. 118)

Pero estas ideas van aplicadas al tiempo cuando ya su empresa colonizadora comenzaba a desintegrarse, cuando la realidad se había impuesto al optimismo y empuje iniciales.

Maltrana, con el entusiasmo que le proporciona la esperanza de hacer fortuna, puede expresarse de otro modo:

Es una satisfacción para el egoísmo paternal haberse matado trabajando en un extremo del mundo para que el hijo vaya al otro hemisferio a mantener "cocottes" de precio y sostener el juego en los clubs elegantes. (v. II, p. 593)

Y con la fiebre del fanático religioso se dedica a la exaltación de las cualidades benéficas del dinero:

El dinero es también una poesía, una poesía sobria, enérgica, intensa, más humana y conmovedora que la insincera y manida que ustedes vienen repitiendo hace siglos en sus versos. (v. II, p. 594)

Hay que tener en cuenta que en Los argonautas aparece como subtema y complemento del argumento principal la apología de la empresa conquistadora de la América española. Es ésta en realidad una idea recurrente en la temática de Blasco, quien dedicó a su desarrollo las últimas novelas de su vida con la finalidad de limpiar de calumnias la historia de la conquista y volcar la atención y la admiración mundiales hacia España y sus grandes conquistadores.

Viene esto a cuento porque en este contexto de exaltación del dinero y de sus cualidades "poéticas" toda la obra de la conquista de América se presenta como una vasta aventura en la que el valor, la ambición material y

la poesía, van mano a mano formando un bloque compacto en el que todos los componentes tienen igual importancia y son igualmente necesarios para mantener el equilibrio total.

La ambición de poder y el oro van, pues, unidos y son motivación suficiente para que el hombre se ponga en movimiento y se arriesgue a las más estupendas empresas. El dinero adquiere así una valoración mística, y Maltrana, sacerdote de la nueva religión, lo ensalza encendidamente: "Desde hace ochenta años ha venido a la Tierra un nuevo dios: el dinero. Y este dios tiene sus apóstoles. . ." (v. II, p. 594).

Estos apóstoles son, naturalmente, los grandes magnates de las finanzas a los que los monarcas y los ministros de todos los países consultan y sin los cuales no se atreven a mover los hilos de la política. Sus decisiones despóticas pueden resultar en catástrofes mundiales, pero no cabe duda de que gracias a ellos existe también el progreso.

Soberanos de miles y miles de kilómetros de vías férreas o de flotas, como jamás las tuvo Imperio alguno, les bastaba una orden telefónica para cambiar el curso del progreso humano. Islas del Pacífico en las que hace cincuenta años los naturales asaban todavía para su consumo la carne humana, habían realizado en tan corto lapso de tiempo una evolución de siglos y hasta ensayaban el régimen socialista. . . . Les bastaba para realizar este milagro con tender una línea de ferrocarril. Costas inhospitalarias y desiertos brillaban de pronto con los focos eléctricos de sus puestos. (v. II, p. 594)

Precisamente Maltrana hace el resumen de la historia de las naciones americanas tras el descubrimiento y observa que después de la conquista los pueblos hispanoamericanos fueron dormitando en la época colonial hasta que la aparición del nuevo dios ha transformado la situación en sólo unas docenas de años.

Y toda esta revolución la han hecho y la siguen haciendo los apóstoles misteriosos de mi dios, esos magos que se ocultan en un despacho austero de la City de Londres, en un piso vigésimo de Nueva York o en cualquier avenida elegante de París o Berlín. (v. II, p. 595)

Ojeda expone sus objeciones. Señala que el dinero no es más que un medio y que ha existido siempre. Para él son en realidad la actividad humana, el progreso de la ciencia y el afán de bienestar los que han conseguido las transformaciones maravillosas de que habla Maltrana. Pero éste protesta:

Su dinero no era ése. El hablaba del dinero moderno, del dinero animado por la vida, alado e inteligente, incapaz de sufrir encierro alguno, dando sin cesar la vuelta a la Tierra. (v. II, p. 595)

Y se lanza de nuevo a describir la evolución que históricamente ha experimentado el dinero y la conceptualización en que se tenía a la riqueza que, evidentemente, ha entrado en nuestros días en una fase de reconocimiento y de aceptación oficiales, por así decir. Ser rico está bien visto.

Blasco parece burlarse a veces del tono pomposo y retórico con que Maltrana se expresa durante toda esta peroración pero no cabe duda de que el tema ejerce sobre él una fascinación casi hipnótica. Ojeda, sin poder encontrar más objeciones que esgrimir frente a los argumentos aplastantes de Maltrana, se burla de él diciéndole que su dios no parece haberle tratado muy bien, puesto que siempre ha vivido en la pobreza. Y responde Maltrana:

Mi dios no me conoce, no conoce a nadie. Es ciego y sordo para los humanos como lo son las fuerzas de la Naturaleza. . . . El dios ignora nuestra existencia: la Humanidad sólo figura como los ceros en sus altas combinaciones aritméticas. Por eso cuando se le ocurre a mi dios echar bendiciones, caen éstas casi siempre sobre los brutos con suerte o los maliciosos

que las agarran al paso. Y cuando reparte golpes, son verdaderos palos de ciego, que llueven irremisiblemente sobre los inocentes. . . . Pero este dios, como todas las divinidades, tiene una iglesia que piensa por él y administra sus intereses: la iglesia de los grandes millonarios, directores del mundo. Y yo he embarcado para cambiar de vida, para intentar la conquista de la riqueza, para entrar en esa iglesia, aunque sea de simple monaguillo, y ver de cerca los misterios de la sacristía. (v. II, p. 597)

Es interesante la equiparación que aquí se hace del dios de Maltrana a las fuerzas de la Naturaleza. Blasco siempre mantuvo la idea--y sus novelas naturalistas serían suficiente prueba de ello, a pesar de sus ambigüedades--de que la Naturaleza sólo es madre allí donde el hombre la ha vencido. (Véase La vuelta al mundo de un novelista, ps. 383, 391, 419.) Precisamente su visión de la vida humana es en último análisis la de una lucha de la razón y de la voluntad contra las fuerzas ciegas de la Naturaleza. Sólo en la actuación directa, en el intento de modificación de su entorno encuentra la vida de cada ser individual su justificación y su gloria.

La vieja imagen de la Fortuna, ciega y arbitraria, es susceptible de alteración gracias a la fuerza organizadora del hombre que la doblega y la encauza mediante su razón. Pero al comparar esta organización meticulosa con la de la iglesia, la imagen en manos de Blasco adquiere un valor ambivalente. En el contexto de las glorificaciones al dinero hechas por Maltrana tiene una dimensión positiva, pero bien podría ser que no se deseche la posibilidad de una manipulación, también arbitraria e injusta, de esta fuerza de la Naturaleza con los consiguientes resultados catastróficos.

Todavía intenta Ojeda atajar a Maltrana. Acaba por decirle que sus afirmaciones no pueden tenerse demasiado en cuenta porque sabe que es un

veleidoso incapaz de mantener por mucho tiempo una opinión:

Conozco esta enfermedad de la gente pensante. Usted, a quien he visto casi anarquista, rompe ahora en himnos a la riqueza, sólo porque cree ir camino de conquistarla en un país nuevo. . . . Se engaña usted, Isidro . . . en las llanuras americanas, que están casi despobladas, se enterará de lo que vale el hombre y de cómo el dinero no puede nada cuando le falta su auxilio. . . . Además, yo desprecio el dinero, ¿se enteró usted? Lo busco porque lo necesito; pero de ahí a rendirle un culto religioso hay mucha distancia. (v. II, p. 597-598)

En este párrafo rico en sugerencias, es inevitable el pensar hasta qué punto llega la proyección del autor en sus personajes. En todas las novelas de Blasco es frecuente la digresión, pero en Los argonautas esta tendencia se prodiga tan generosamente que es imposible no atribuirle a la necesidad casi catártica de proyectar fuera de sí ideas e inquietudes sentidas muy íntimamente.

Ante la enumeración hecha por Ojeda de los crímenes cometidos en nombre del capital, Maltrana rompe a reír:

Sí, los conozco; son los mismos crímenes de los grandes conquistadores que han trastornado el curso de la Historia; los crímenes de las revoluciones que nos dieron la libertad. El hombre pasa y la obra queda. Poco importa que caigan algunos si su muerte beneficia a todos los humanos. . . . Además, lo que hoy aparece como un crimen es mañana un sacrificio heroico. (v. II, p. 598)

Sigue aquí una justificación del sacrificio de las vidas humanas que las obras destinadas a traer el progreso conlleva. Y está claro que Maltrana no se engaña con respecto a la motivación principal de quienes no vacilan en provocar este sacrificio: se trata en primera instancia de hacer una fortuna. El hecho de que de paso se introduzcan adelantos beneficiosos para la Humanidad es secundario. Pero para él lo importante es que el adelanto se ha

logrado. La verdad tiene muchas facetas.

Maltrana termina su arenga con un resumen de su recalcitrante línea de pensamiento:

Créame, Ojeda: el dinero es el móvil de las grandes acciones, el compañero de los ensueños sublimes, la última finalidad de los mayores idealismos. (v. II, p. 600)

Y el larguísimo capítulo concluye con una de las evocaciones épico-líricas tan del gusto de Blasco en la que Ojeda visualiza la llegada a Buenos Aires de todos los emigrantes ilusionados, que son recibidos amorosamente por una matrona tocada del gorro purpúreo, símbolo de la libertad, dispuesta a conceder esa oportunidad de fortuna a todos los hombres de buena voluntad.

Estas son, en resumen, las ideas fundamentales expresadas en Los argonautas, obra por lo demás de una banalidad casi penosa. Su importancia es tanto mayor cuanto que en ninguna otra de sus novelas es Blasco tan explícito en la valoración del capitalismo a la vuelta del siglo. En el extenso diálogo entre los dos amigos, casi monólogo por la acaparación del tema por parte de Maltrana, el autor parece haber dado expresión escrita a las ideas que ocupaban con preferencia su atención en esta época. También parece obvio que tras el fracaso de sus intentos de transformación de la realidad socio-política española, Blasco, en quien la especulación teórica iba siempre acompañada de la acción, volvió los ojos hacia el incitante proyecto de explotación colonial que incluía aventura, servicio a la causa del progreso e intereses materiales puramente personales y egoístas. Se observa, pues, en su vida, una línea de actuación bastante coherente que comenzando con el compromiso político de sus años de juventud va evolucionando hacia posturas

cada vez más cerradas, orientadas hacia sus propios intereses personales. En Blasco, sin embargo, esos intereses e inquietudes personales tuvieron siempre una proyección social, habida cuenta de la fuerza expansiva de su vitalidad desbordante, pero mientras que en su primera juventud coincidieron y conectaron, hasta cierto punto, con las aspiraciones de las clases menos privilegiadas, al pasar de los años se fueron despegando cada vez más de aquéllas y reduciéndose en aliento. No deja de ser paradójico que cada progresiva apertura de horizontes en la vida de Blasco, cada salto hacia el cosmopolitismo, vaya acompañado de un encogimiento de sus ideales humanitarios, al ir identificando sus intereses con los de las clases sociales minoritarias.

Hasta qué punto sus ideas se van aproximando cada vez más peligrosamente hacia las de un capitalismo inflexible y despiadado que no vacila en sacrificar al hombre en aras de un "progreso" abstracto y disecado, se pone de manifiesto de nuevo en Los argonautas, en una de las numerosas conversaciones de Maltrana y Ojeda con algunos de los ricos argentinos de a bordo, descendientes de españoles.

Uno de ellos, el doctor Zurita, discute con los dos amigos sobre la colonización española de América, y vienen a parar al tema del trato de los colonizadores para con el indio. El doctor Zurita no sólo considera equivocado criticar a España en este punto, sino que está convencido de que el error principal en que incurrió esta nación consistió en el empeño de querer transformar al indio y hacerle cristiano. En caso de que semejante opinión pueda interpretarse como signo de pensamiento progresista y respetuoso para con las culturas indígenas, pronto se verá que el razonamiento del doctor Zurita discurre por otros cauces:

Vean el ejemplo de las grandes naciones modernas: cuando estorba su paso un pueblo refractario, lo suprimen . . . Inglaterra, con su virtud protestante y su lagrimeo bíblico, ha borrado del planeta razas enteras. (v. II, p. 660)

Naturalmente Maltrana y Ojeda están totalmente de acuerdo con este punto de vista. El segundo interviene:

En los Estados Unidos, la gente europea se mantuvo en su pureza blanca y por eso llegó a donde ha llegado. Cada uno, al emigrar, se llevaba su mujer y los casamientos se hacían siempre dentro de la raza. (v. II, p. 660)

Y el doctor Zurita pone el broche de oro a tan interesante digresión concluyendo:

Yo, mis amigos, tengo opiniones muy personales en lo que se refiere a los países de América. Soy americano, pero no indio. Cuando veo una nación donde la gente es blanca en su mayoría, me digo: "Estos trabajarán en paz, y seguramente irán lejos." Cuando veo por todas partes caras cobrizas y pelos de cerda, tuerzo el gesto. "Malo; estos sólo pueden dar de sí enredos, politiqueos, una vanidad ridícula, revoluciones para ocupar el Poder, bailes, músicas y versos, muchos versos. . . ." (v. II, ps. 660-661)

Incluso el anticlericalismo, nota permanente en el pensamiento blasquista hasta el final de su vida, sufre ahora una cierta evolución. De violento y polémico pasa a hacerse más cauto, menos ruidoso. El incrédulo Maltrana, que se burla más o menos benévolamente, según sus simpatías, de los curas que viajan con ellos, es avisado por Ojeda para que modifique su comportamiento una vez en Buenos Aires:

Créame Maltrana. Al llegar allá enfunde su burla y procure no hablar de religión. Si es que busca apoyo en las damas. Deje eso para los comisionistas de comercio extranjeros. La impiedad no puede ser para nosotros artículo de exportación. Las creencias tradicionales resultan obra de "nuestra vieja," y si las atacamos, hágase cuenta que estamos dando con un pico en la casa materna. (v. II, p. 670)

W. Miranda basa en estos diálogos entre Ojeda y Maltrana, toda la argumentación a favor de su hipótesis de un cambio operado en Blasco Ibáñez en su actitud hacia la iglesia y hacia la religión católica. Su interpretación es absolutamente insostenible, así como sus conclusiones sobre los dos personajes de los que llega a decir que son "blandos, comprensivos, tiernos . . . y demócratas."³

El proyecto de tratar la presencia española en América en obras sucesivas se vio cortado por los acontecimientos europeos, pero Los argonautas contiene material suficiente como para detectar la dirección de los pensamientos y de los intereses de Blasco en este momento de su vida que las circunstancias mundiales vinieron a alterar. Como bien dice Roca:

la rueda de su destino le ha colocado justo, exactamente, en el lugar que debía ocupar para que se desarrollase su fama. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 439)

Ha llegado, por fin, la hora de su triunfo.

B. La guerra europea y "Los cuatro jinetes del Apocalipsis"

En agosto de 1914 estalló la primera guerra mundial y Blasco no vaciló en tomar partido:

De un lado, "el insolente militarismo prusiano;" de otro lado, "la patria de los Derechos del Hombre y de Victor Hugo." De un lado . . . "la reacción, la caverna, la fuerza bruta;" de otro lado . . . "la Libertad, la Civilización."
(Gascó, p. 121)

Para el admirador ferviente de la República francesa y de la patria de su escritor favorito, no podía haber duda, por lo que desde su residencia

en París, corazón de la contienda, se consagra apasionadamente a la propaganda en favor de los aliados.

De nuevo entiende que el novelista debe ponerse al servicio de una causa noble y, guiado por esta idea, inicia a finales de 1915 su novela sobre la guerra.

Construye el comienzo sobre la base de sus recuerdos y experiencias en la Argentina, puesto que su método de trabajo exige siempre el relato de experiencias personales que han dejado en él una huella importante. La acción va registrando las repercusiones que el desarrollo de la guerra va teniendo sobre una familia de antiguos colonos franco-argentinos reintegrados a su patria de origen unos pocos años antes de estallar la contienda.

A la cabeza de este linaje se encuentra el viejo "centauro" Madariaga, descrito con rasgos hasta cierto punto aplicables al mismo Blasco. Es el inevitable hombre de acción, de vida intensa y carácter insufrible, que gravita sobre los pobladores de sus extensas propiedades con una tiranía a la vez cruel y bonachona. Pionero casi mítico, ha amasado una enorme fortuna luchando contra los indios, comprando terrenos arrebatados a éstos por el gobierno a precios irrisorios, y poblándolos de ganado de razas seleccionadas. Ejerce la administración de sus tierras como un auténtico señor feudal, pero si es pródigo en violencias, también lo es en generosidades, y su sereno estoicismo le hace encajar las desgracias con aceptación admirable.

Uno de sus colaboradores, el francés Desnoyers, acaba casándose con una de sus hijas, mientras que la otra lo hace con von Hartrott, también emigrante, pero alemán. Naturalmente, el francés es un tipo laborioso y de

sentimientos generosos y humanitarios, y el prusiano es presentado como un individuo tortuoso y fanático, con lo que Blasco puede elevar a sus personajes a la categoría de símbolos fácilmente aplicables a los representantes de los dos lados del conflicto y a los valores que en él se debaten.

Al estallar la guerra Desnoyers y su familia viven ya en París, con el lujo y el derroche que la vasta fortuna amasada en América les permite. Su hijo Julio, en quien Roca ve una proyección de uno de los hijos del propio Blasco, Julio César,⁴ es el prototipo de aquel objeto de lujo, vividor y derrochador de la fortuna paterna sobre el que Maltrana especulaba en sus charlas con Ojeda. A él le cabe la gloria de ser el bailarín de tangos más famoso de París, cuando este baile se puso de moda en Europa. Julio tiene un amigo, un tal Argensola, joven español sin profesión conocida, aunque pasa por pintor, pero cuya ocupación más importante parece ser la de consejero y "secretario" de Julio, para el que resume sus lecturas favoritas, de modo que éste, sin grandes esfuerzos, pueda deslumbrar con su erudición a los asistentes a los salones que frecuenta.

Argensola está pintado con rasgos muy semejantes a los de Maltrana. Es el parásito ocurrente y simpático, representante de la estereotipada bohemia de principios de siglo, pero más modesto que aquél en sus aspiraciones, se contenta de momento con vivir de la generosidad de su amigo sin ambicionar grandes fortunas.

Las ideas de Blasco respecto al conflicto mundial y las posturas adoptadas frente a él, están expresadas con claridad en el capítulo cuarto de la novela. El primo alemán de Julio viene a despedirse de él antes de volver a Berlín. La guerra está a punto de ser declarada, y von Hartrott,

con el entusiasmo que le proporciona la seguridad de la victoria alemana, se lanza a una peroración en la que explica y ensalza la postura de su país. Para él, la verdadera civilización está a punto de comenzar y va a ser implantada gracias a la superioridad de la raza germánica.

Argensola, que está presente, no sale de su asombro ante las razones esgrimidas por Hartrott: "¡Pero si estas teorías del racismo eran antiguallas en las que no creía ya ninguna persona medianamente ilustrada!" (v. II, p. 850).

Sin embargo, Hartrott continúa imperturbable su razonamiento a favor de la superioridad germánica, y acusa a los celtas, "pobladores de las tierras del sur," de haber retrasado el progreso de la Humanidad con su individualismo ingobernable y su humanitarismo, que les hizo defender la existencia de seres débiles que no sirven para nada.

Hablaba de las futuras conquistas como si fuesen muestras de distinción con que su país iba a favorecer a los demás pueblos. Estos seguirían viviendo políticamente lo mismo que antes, con sus Gobiernos propios, pero sometidos a la dirección de la raza germánica, como menores que necesitan la mano dura de un maestro.

Según él,

La Kultur es la organización espiritual del mundo, pero no excluye "el salvajismo sangriento" cuando éste resulta necesario. La Kultur sublimiza lo demoníaco que llevamos en nosotros, y está por encima de la moral, la razón y la ciencia.

E insistiendo en este punto asegura:

Sólo los espíritus superiores llegan a la convicción de que los grandes adelantos únicamente se realizan con la espada, y que la guerra, como decía nuestro gran Treitschke, es la más alta forma del progreso. (v. II, p. 852)

Blasco ha presentado ya a von Hartrott dotándole de rasgos bien poco favorecedores, claro está. Profesor auxiliar de Universidad, había publicado "volúmenes gruesos y pesados como ladrillos" y pertenecía a esa clase de "autores miopes incapaces de una visión genial de conjunto (p. 849).

Incluso los escritores más blasquistas, como Roca y Gascó, admiten la parcialidad mostrada por el escritor en esta novela de blancos y negros, pero como bien señala el propio Roca,

Blasco Ibáñez fue siempre el hombre de las afirmaciones rotundas, el hombre de las situaciones claras . . . Fue defensor de una idea y enemigo declarado de los que profesaban ideas contrarias. (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 452)

Por otra parte, también es cierto que hay que reconocerle a Blasco ciertas cualidades proféticas, porque lo que durante la primera guerra mundial pareció a sus contemporáneos malévolas exageraciones del autor, producto de su antigermanismo, se convirtieron en tristes realidades aplicables a millones de alemanes veinticinco años más tarde.

Pero lo interesante es que esta parcialidad, sin duda ciega al novelista hasta el punto de no permitirle reconocer en las palabras execrables de von Hartrott, ideas muy semejantes a las sostenidas en Los argonautas por Maltrana y sentidas, probablemente, por su padre espiritual en el tiempo en que escribió la obra.

¿Por qué tanto horror ante las teorías racistas de von Hartrott, si ya en Los argonautas se daba por sentada la superioridad del blanco con respecto al indio? La imposición de la Kultur a los pueblos sometidos, y el paternalismo que ejercerá Alemania sobre las naciones conquistadas, que tan aborrecibles le parecen a Blasco, ¿no son acaso lo que él mismo había señalado que

las naciones europeas, y España concretamente, llevaron a efecto en la conquista de América? Las aplastantes aseveraciones de von Hartrott sobre los grandes adelantos que sólo la espada puede realizar, ¿no suenan quizás de modo muy semejante a las de Maltrana cuando justificaba el sacrificio de vidas humanas, de razas enteras, en nombre del progreso?

Bien puede acusarse a Blasco de inconsistencia o de ceguera intelectual ante sus propias contradicciones. Sin embargo, cabe también la explicación de que las actitudes que el autor había llegado a adoptar al tiempo de la publicación de Los argonautas sufrieran el choque provocado por la sacudida brutal de la guerra, que actuó como revulsivo de muchas conciencias y llevó a los individuos a reconsiderar posturas y tomar decisiones que hubieran sido impensables en tiempos de paz.

La misma novela presenta varios ejemplos en favor de esta hipótesis. En su visita a Julio, Hartrott había vaticinado una sublevación interna en Francia que impediría a esta nación atender a la expansión alemana. En los días siguientes tiene lugar un acontecimiento inesperado: el orador socialista Jaurès fue asesinado precisamente en el momento en que su palabra de caldeador de muchedumbres podía haber resultado más útil. "Las gentes de orden temían una revolución," puesto que las represalias tomadas por el pueblo podían ser la señal de una guerra civil. No obstante:

a la mañana siguiente el peligro se había desvanecido. Los obreros hablaban de generales y de guerra, enseñándose mutuamente sus libretas de soldados, anunciando la fecha en que debían partir, así que se publicase la orden de movilización. (v. II, p. 859)

Y este caso general se ilustra de forma más concreta con el ejemplo del carpintero de Desnoyers, Roberto, antimilitarista acérrimo, que

constantemente hablaba de la tiranía patronal y hacía encendidas declaraciones contra los burgueses. Pues bien, este revolucionario es uno de los primeros en alistarse voluntariamente para ir a la guerra y explica al asombrado Desnoyers que "la disciplina no está refñida con la revolución." "Vamos a hacer la guerra a la guerra," añade, "Nos batiremos para que esta guerra sea la última" (p. 875).

Este comportamiento deja a Desnoyers, protagonista de la segunda parte de la novela y con quien Blasco evidentemente se identifica en gran medida, perplejo y pensativo. Un hombre como el carpintero, que no tenía nada material que defender marchaba a la guerra, quizás a la muerte, por un ideal generoso y lejano:

iy él, que era uno de los privilegiados de la suerte, que poseía tantas cosas tentadoras necesitadas de defensa, entregado a la duda y a la crítica!
(v. II, p. 876)

También inesperadamente el inconsciente Julio, conmovido por tantos ejemplos de patriotismo, se alista como voluntario muriendo de forma heroica, y su amante, igualmente frívola y egoísta, vuelve a su marido del que tendrá que ocuparse como enfermera por el resto de su vida, puesto que la guerra ha hecho de él un inválido.

Pero hay en la novela un personaje digno de mención especial por encontrarse en la línea de los anarquistas soñadores de las novelas "de tesis." Es éste el ruso Tchernoff, vecino de Julio, aficionado al vino y a la especulación teórica. Blasco se vale de él para proyectar muchas de sus convicciones sobre el ideal republicano como forma de gobierno. Su idea de lo que es la civilización es también interesante por poner de manifiesto el giro que el pensamiento de su creador ha vuelto a efectuar de regreso de sus

ambiciones capitalistas:

La civilización no consiste únicamente en una gran industria, en muchos barcos, ejércitos y numerosas Universidades que sólo enseñan ciencia. Esta es una civilización material. Hay otra superior que eleva el alma y no permite que la dignidad humana sufra sin protesta continuas humillaciones. (v. II, p. 862)

Y comparando la cultura alemana con la rusa llega a la conclusión de que si bien la tiranía existe en su país, siempre ha habido frente a ella una protesta revolucionaria, mientras que en la rígida organización prusiana nadie ha salido jamás en defensa de los derechos humanos.

Resumiendo la historia de las aspiraciones humanas, Tchernoff señala la escala ascendente que se observa desde el pensamiento greco-romano, que ponía el bienestar en la Tierra sólo para unos cuantos privilegiados, hasta el cristianismo, religión de humildes que había reconocido a todos los seres el derecho a la felicidad aunque colocándola lejos de este mundo.

La Revolución y sus herederos, los socialistas, ponían la felicidad en las realidades inmediatas de la tierra, lo mismo que los antiguos, y hacían partícipes de ella a todos los hombres, lo mismo que los cristianos. (v. II, p. 864)

Obsérvese, pues, la oscilación de las ideas de Blasco, sobre estos temas que fueron para él objeto de interés durante toda su vida. Incluso el determinismo darwinista, utilizado en forma un tanto ambivalente en sus novelas naturalistas y en Los argonautas como argumento ilustrativo de una natural tendencia humana a conseguir la riqueza al precio que sea, es considerado ahora desde una perspectiva decididamente humanista.

Todo eso de la lucha por la vida con su cortejo de crueldades puede ser verdad en las especies inferiores, pero no debe ser verdad entre los hombres. Somos seres de razón y de progreso, y debemos

libertarnos de la fatalidad del medio, modificándolo a nuestra conveniencia. . . . El fuerte, para serlo, no necesita mostrarse cruel; resulta más grande cuando no abusa de su fuerza y es bueno. Todos tienen derecho a la vida, ya que nacieron; y del mismo modo que subsisten los seres orgullosos y humildes, hermosos o débiles, deben seguir viviendo las naciones grandes y pequeñas, viejas y jóvenes. (v. II, p. 866)

Inevitablemente, sin embargo, Tchernoff adolece del tratamiento nebuloso al que Blasco somete a todas estas figuras de utópicos revolucionarios. El autor insiste en repetidas ocasiones en el hecho de que Tchernoff bebe demasiado. Es precisamente en uno de estos trances cuando el ruso tiene la visión apocalíptica que da título a la novela. Sus ideales son, pues, correctos, pero vagos y generales, quizás irrealizables, parece temerse siempre el creador de esta serie de místicos visionarios.

Enlazando con la idea de que las actitudes de Blasco vinieron, muy probablemente, a ser afectadas por la sacudida de la guerra, es de interés observar el modo en que Desnoyers reacciona frente a las elucubraciones del ruso:

En tiempo normal lo habría mantenido a distancia. El millonario era partidario del orden. Abominaba de los revolucionarios, con el miedo instintivo de todos los ricos que han creado su fortuna y recuerdan con modestia su origen. El socialismo de Tchernoff y su nacionalidad habrían provocado forzosamente en su pensamiento una serie de imágenes horripilantes: bombas, puñaladas, justas expiaciones en la horca, envíos a Siberia. No, no era un amigo recomendable . . . Pero ahora don Marcelo experimentaba un profundo trastorno en la apreciación de las ideas ajenas. ¡Había visto tanto! (v. II, p. 965)

El mundo de Desnoyers ha sufrido ciertamente una profunda subversión desde el comienzo de la guerra. Ya no sabe exactamente cuáles son sus valores:

¡Y pensar--decía--que nos enfurecíamos como si el mundo fuese a deshacerse, porque alguien arrojaba un bomba contra un personaje! Estos exaltados ofrecían para él una cualidad que atenuaba sus crímenes. Morían víctimas de sus propios actos o se entregaban sabiendo cuál iba a ser su castigo. (v. II, p. 965)

Y llevado por la lógica de sus razonamientos y por su carácter apasionado efectúa una reversión absoluta de sus convicciones:

Los verdaderos anarquistas están ahora en lo alto--decía con risa irónica--. Todos los que nos asustaban antes eran unos infelices. . . . En un segundo matan los de nuestra época más inocentes que los otros en treinta años. (v. II, p. 965)

Sin embargo, puede observarse cómo el término "anarquista" en boca de Blasco-Desnoyers continúa teniendo connotaciones peyorativas. Son las circunstancias las que hacen que el anarquista de ayer sea hoy un pobre infeliz si se comparan sus procedimientos con las atrocidades perpetradas en nombre del pangermanismo.

Blasco terminó su libro sobre la primera guerra mundial en febrero de 1916, pero todavía habían de pasar dos años para que la novela alcanzara el éxito espectacular con que su publicación fue recibida en Norteamérica. A partir de este momento los acontecimientos se desarrollan con velocidad extraordinaria. A pesar de su éxito, la edición literaria de Los cuatro jinetes del Apocalipsis no le reportó gran cosa a Blasco puesto que éste había vendido los derechos de la novela a su traductora Charlotte Brewster. Sin embargo, las ofertas monetarias se suceden. Primero, es una importante firma cinematográfica la que le ofrece 200.000 dólares por los derechos totales del film "The Four Horsemen of the Apocalypse." A raíz de este trato, Blasco vende el permiso para adaptar a la cinematografía americana

varias de sus novelas, a razón de 25,000 dólares cada una.⁵

Por otra parte, el éxito de su primera novela sobre la guerra le proporcionó tan gran popularidad entre el público de habla inglesa que se vertieron a este idioma un buen número de novelas suyas todavía no conocidas en Norteamérica. Este inmenso éxito de público decide a Blasco a emprender un viaje a los Estados Unidos bajo los auspicios de la Hispanic Society, para hacerse oír en la Columbia University de Nueva York. La oferta coincidió con la de un organizador de tournées de conferencias de hombres ilustres a través de los Estados Unidos, por lo que la estancia de Blasco en este país, se prolongó desde octubre de 1919 hasta julio de 1920.

Al final de esta campaña de conferencias, recibió el título de doctor en Letras "honoris causa" por la Universidad George Washington de la capital americana, habiendo conseguido pues, distinciones oficiales y abundantes beneficios económicos. Blasco Ibáñez ha llegado al zenit de su carrera.

Tras el análisis emprendido en este capítulo de dos de las obras de Blasco con más abundante contenido ideológico, se llega a la conclusión de que una vez eliminado el dique de contención impuesto por su compromiso político, las actitudes del novelista, ahora asentadas sobre la base exclusiva de sus intereses personales, fluyen en una dirección que conduce a la defensa exaltada de un espíritu de lucha favorecedor de posturas imperialistas y capitalistas. La ambigüedad y la tendencia al pesimismo de las obras anteriores se rompe en Los argonautas, dando paso a un tenaz optimismo que confía en la voluntad humana como instrumento capaz de lograr el progreso material al precio que sea.

El fracaso de su empresa colonizadora y el desencadenamiento de la guerra europea tuercen, sin embargo, esta línea ideológica, acercando de

nuevo a Blasco a posturas más humanistas. Como testigo de excepción desde su residencia en París, y como invitado de Poincaré en su visita al campo de batalla del Marne, tuvo oportunidad de observar, por una parte, innumerables ejemplos de heroísmo y de sacrificios personales en aras de ideales bien poco materialistas y, por otra, los excesos a que había conducido la ideología alemana de la Kultur basada en un inmoralismo de resonancias nietzscheanas.

Esto y su apasionada toma de postura personal en favor de la causa aliada, colocan de nuevo a Blasco en una posición ambivalente que encuentra su expresión literaria en la presentación y enjuiciamiento de las teorías expuestas por Tchernoff en Los cuatro jinetes.

Está claro, sin embargo, que las tesis sociales más radicales continúan despertando su recelo. Más adelante habrá ocasión de comprobar cómo Blasco, a pesar del atractivo que el espiritualismo de estas teorías ejercía sobre él, acabará rechazándolas por impracticables e incompatibles con la naturaleza egoísta del hombre.

NOTAS DEL CAPITULO II

¹ Paul Smith, Vicente Blasco Ibáñez: una nueva introducción a su vida y obra, Santiago de Chile, 1972, p. 30.

² Emilio Gascó Contell, Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista, Madrid, 1957, ps. 110-111.

³ Wenceslao Miranda, Posición filosófica, religiosa y social en las novelas de tesis de Blasco Ibáñez, Lugo, 1969, p. 185.

⁴ J.L. León Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 453.

⁵ Emilio Gascó Contell, p. 139.

CAPITULO III

ULTIMOS AÑOS (1920-1928). ACTITUDES DE BLASCO REFLEJADAS EN
SUS OBRAS NO IMAGINATIVASA. "Estudios literarios"

Tras su éxito mundial Blasco se reintegra a la Costa Azul, a donde ya se había trasladado desde París por razones de salud, fijando ahora su residencia en Menton, en la misma frontera franco-italiana. A pesar de las recomendaciones insistentes de su médico para que observara un descanso total, Blasco siguió escribiendo incansablemente novelas y artículos para satisfacer sus compromisos con diversas editoriales.

Conviene tratar ahora las actividades de Blasco como editor a fin de introducir el análisis de sus Estudios literarios, una de las dos obras de Blasco no imaginativas que se van a estudiar en este capítulo con el propósito de ver si en ellas se encuentra confirmación para las conclusiones obtenidas tras el análisis de sus obras novelescas.

En sus años de juventud Blasco, al fundar el diario El Pueblo había conocido a Francisco Sempere, propietario de una pequeña librería de viejo, y unidos por la comunidad de ideales, proyectaron fundar en Valencia una empresa de ediciones. Así nació la editorial "F. Sempere y Compañía" que a precios baratísimos publicó sin descanso las obras de los pensadores y novelistas más significativos del momento (Gascó, p. 199).

Estando ya en Madrid Blasco fundó allí la "Editorial Española-Americana," que cesó de funcionar cuando el novelista marchó a la Argentina. Años después, hacia 1913, esa editorial madrileña vino a fusionarse con la entidad "F.

Sempere y Compañía," constituyendo en Valencia la "Editorial Prometeo," bien conocida en todo el mundo hispánico.

Los Estudios literarios, uno de los volúmenes póstumos de Blasco Ibáñez, están constituidos por los prefacios que escribió para la colección La Novela Literaria, vasto plan editorial de "Prometeo," que recogió gran parte de la producción novelesca internacional contemporánea en la que figuraban obras de Barbusse, Maurice Barrès, Huysmans, Abel Hermant, Henri de Régnier, etc. (Gascó, p. 201).

Blasco escribió estos estudios entre 1918 y 1924, y abarcan en total a treinta y un escritores, casi todos franceses o afincados en Francia. Cabe preguntarse la razón de esta preeminencia de escritores franceses, algunos de ellos figuras literarias de poco relieve, siendo así que el proyecto editorial pretendía la internacionalidad de los escritores presentados al lector. Quizás el hecho de residir Blasco en Francia tuviera relación con esta preferencia, y, por otra parte, el hecho de que la mayoría de ellos estuvieran relacionados de forma más o menos directa con la guerra europea, hace pensar que Blasco intentaba contribuir de esta forma a la labor de ensalzar la participación francesa en la contienda.

Efectivamente, existe un patrón común aplicable a casi todos estos escritores: son franceses, contemporáneos entre sí, han participado directa o indirectamente en la guerra y son, a pesar de ello, antibelicistas. Como el mismo Blasco, han querido tomar partido en la contienda para favorecer la causa de la civilización contra el imperialismo prusiano. Hay otro factor también aplicable a bastantes de estos novelistas: sus mismas vidas han tenido en ocasiones elementos novelescos. El novelista ha sido, o todavía

lo es, un hombre de acción que simultanea la actividad de escritor con la vida aventurera, a tono con el ideal cervantino tan del gusto de Blasco. A veces, como en el caso de Bazin, al que tacha de "reaccionario," es precisamente ese aspecto de hombre de acción el que salva al escritor. No es solamente cuestión de afinidad en la elección de un estilo de vida lo que lleva a Blasco a encomiar al escritor que vive intensamente, es que para él el novelista lo será tanto mejor cuanto más se ajusten sus relatos a experiencias personales.

Si todas las novelas pudieran escribirse así, por hombres que hubiesen vivido plenamente la vida de sus personajes, que hubieran presenciado y sentido las emociones de las escenas descritas, la literatura novelesca sería una obra de semidioses. (v. III, ps. 1600-1601)

El culto de Blasco por la acción, para él justificación principal de la existencia humana, se pone de manifiesto incluso en la técnica de presentación elegida en estos Estudios literarios que en realidad no son tales, sino más bien el relato de la trama de las novelas comentadas. Es esto, sin duda, lo que para Blasco es lo fundamental del género, y así lo dice en repetidas ocasiones cayendo a veces en afirmaciones tan curiosas como la siguiente aplicada a El infierno de Henri Barbusse:

El infierno es una gran novela, y, sin embargo, no es novela si tenemos en cuenta las condiciones peculiares de este género literario. Carece de acción. (v. III, p. 1570)

Hay otro elemento fundamental en la elaboración de la novela derivado o consecuencia del anterior, y es la observación de la realidad que hace de la obra literaria "documento indispensable para el estudio de la vida contemporánea" (p. 1661). La verdad se convierte en base de toda creación

literaria y el escritor debe buscar en la vida, por observación directa, el tema de sus obras.

Blasco jamás pasa a detallar qué entiende por "verdad" ni de qué procedimientos ha de valerse el escritor para poder presentar una visión objetiva de la realidad, pero a través de estas declaraciones repetidas en numerosas ocasiones a lo largo de los Estudios literarios, se perfila una actitud consciente de adhesión a teorías literarias que le ligan con el realismo, entendido éste como la descripción de un mundo de causa y efecto, sin milagros y sin transcendencia y en el que lo feo y lo desagradable son también objeto legítimo del arte.

Sin embargo, la contradicción propia del realismo entre descripción objetiva de la realidad y propósito social del autor está presente en Blasco de forma manifiesta, puesto que él mismo admite de manera explícita que el arte tiene una función que desempeñar en la creación de la sociedad ideal.¹ A veces, precisamente por ser un observador justo de la realidad, el novelista puede ayudar a explicar los sucesos políticos contemporáneos, como en el caso de Hermant (p. 1684), o bien puede poner su pluma al servicio de la verdad y de la justicia, como Zola o Montfort en el caso Dreyfus (p. 1730). Henri Barbusse le merece los mejores elogios porque "no considera el arte como una labor de ameno y ágil flautista, y se sirve de él para decir algo, para restablecer la verdad entre sus semejantes y destruir las injusticias y los errores sociales" (p. 1569), y su simpatía por este punto de vista se extiende a la persona de quien lo sustenta. Las analogías entre este novelista francés y el Blasco joven, facilitan la comprensión. En efecto, el socialista Barbusse escribió en los diarios de su partido por considerar que el pueblo

tenía derecho a estar informado de cuestiones literarias que no debían constituir el monopolio de una casta privilegiada.²

Las opiniones reflejadas en los Estudios literarios sobre la oposición ricos-pobres son escasas y confusas. Lo que sí parece claro es que la riqueza tiene efectos negativos en cuanto que tiende a la creación de una casta de privilegiados que pasarán a ser inevitablemente conservadores y retrógrados. Blasco ironiza sobre las fastuosidades y locuras de los multimillonarios modernos "que pasean su aburrimiento por toda la Tierra" (p. 1624), y ridiculiza abiertamente a Paul Bourget y sus novelas escritas para un público reaccionario harto de la sordidez social reflejada por el Naturalismo (p. 1628). De René Bazin aprecia el que, a pesar de su popularidad entre sectores monárquicos y elegantes, jamás se haya interesado en sus novelas por el "gran mundo" (p. 1585), y de Abel Hermant aprueba sus ataques demolidores a la monarquía y la nobleza, a pesar de que vive al margen de la política (p. 1683). Sin embargo, al comentar la obra de este escritor titulada Los transatlánticos Blasco establece un contraste entre "la aristocracia tradicional y anémica de Europa y la aristocracia vigorosa y un poco ruda del dólar recién improvisada en los Estados Unidos" (p. 1868), y la selección de adjetivos usados para describir estos dos tipos de aristocracia dice bastante de las preferencias personales de Blasco, al tiempo que parece sugerir la existencia para él de dos tipos de riqueza: la nueva, dinámica y productiva, y la vieja, decadente y esclerotizada.

La ambigüedad de su postura queda de manifiesto en sus comentarios sobre la novela de Frappa Bajo la mirada de los dioses, cuya acción se desarrolla en Salónica durante la ocupación de esa ciudad por las tropas aliadas en el

transcurso de la primera guerra mundial. Sus protagonistas son seres instintivos pertenecientes al hampa oriental y el más importante de ellos, un pequeño limpiabotas haraposo, es ya en los últimos capítulos de la novela un comerciante rico que no tardará en hacerse millonario. "Como ha nacido con la vocación del negocio, como está destinado a ser un manipulador de dinero, se inclina al judaísmo, y hace bien" (p. 1699). Especulando sobre el futuro de este personaje, sin duda llamado a ser un gran magnate de nuestros días, Blasco dice:

Yo conozco bien la segunda parte de Bajo la mirada de los dioses, libro que no ha escrito Frappa, y que tal vez no escribirá nunca. El joven rufián de Salónica, convertido en príncipe de la moneda, tendrá una casa de Banca en París o en Londres; dispondrá de los grandes diarios de Europa, por ser uno de sus fuertes accionistas; tratará con los jefes de Estado; y si aún quedan entonces emperadores en el mundo, alguno de ellos lo hará barón. (v. III, p. 1670)

Blasco ironiza sobre la arbitrariedad del destino humano que eleva y respeta hoy al despreciado de ayer, pero le fascina la riqueza y su valor como símbolo de las transformaciones que la capacidad de empresa del ser humano puede lograr partiendo de la nada. Reconoce en el gran magnate al hombre superior al que hasta cierto punto se le pueden justificar sus arbitrariedades, puesto que todo lo que él es lo ha logrado con su propio esfuerzo.

Por contraste, las opiniones sobre el campesinado expresadas en los Estudios literarios tratan de mantenerse en una línea más impersonal, lo que no deja de ser curioso teniendo en cuenta la insistencia de Blasco sobre este tema en el pasado. Así, cuando comenta la obra de Huysmans viene a dar en la cuestión de las teorías antirrurales de este autor y de su desprecio por el

campesino, cuya vida, a pesar de cuanto se diga, es mucho menos dura y tiene más compensaciones que la de los obreros urbanos. A pesar del obvio paralelo entre las opiniones de Huysmans y las suyas propias, Blasco se limita a decir:

Esta malquerencia se refleja en todos sus libros. El hijo de París adora los macilentos jardines perdidos en un rincón humilde de su ciudad más que todos los esplendores de la Naturaleza libre. Su compasión sólo es para los jornaleros que sufren en las grandes aglomeraciones humanas. (v. III, p. 1694)

Sin embargo, Blasco encomia abiertamente el patriotismo del pueblo raso en la guerra mundial. Reconoce que hay nobles que han muerto en los campos de batalla, pero el número de héroes entre ellos es irrisorio comparado con el de los anónimos zapateros, albañiles, dependientes de comercio, etc., que se batieron sin el respaldo de una solidez social por la que vivir. Precisamente fueron los grupos revolucionarios más extremados, los sindicalistas, los anarquistas, "todos los enemigos del ejército" los que pasaron a ser voluntarios cuando estalló la guerra (ps. 1594-1595), y considera oportuno hacer constar que fueron los maestros laicos, socialistas avanzados en su mayoría, la clase profesional que dio más muertos a los campos de batalla (p. 1631). Estos hechos conmueven a Blasco y como ya se vio también al hablar de Los cuatro jinetes, parecen desconcertarle. En consecuencia, su postura ante la guerra es ambivalente; es sin duda una calamidad que los pueblos progresistas, de los que Francia es el modelo, no desean en modo alguno:

Pueblo democrático [el francés], dedicado a las artes de la paz y a la dulzura de vivir, que son los verdaderos ideales humanos, su capacidad de resistencia no parecía igual al impulso ofensivo de los imperios rebafios, donde los hombres nacen y viven únicamente para ser soldados de su emperador, no teniendo otra personalidad que la de una cifra combatiente. (v. III, p. 1593)

Sin embargo, Francia, "que lo había hecho todo por la paz," aceptó la guerra como una calamidad inevitable, la única salida para la causa de la justicia, y este acontecimiento dio a los hombres un ideal colectivo transcendente. La vena romántica de Blasco no podía por menos que conmoverse ante este sintetizador de tendencias opuestas que unió a los hombres en una empresa común superadora de todas las diferencias y generadora de acciones heroicas. El héroe no es otra cosa que el hombre llevado a situaciones límite, obligado a vivir la vida al máximo y sin lirismos (p. 1600). Por contraste, la paz trae el descenso a lo cotidiano, a lo menor, trae incluso la triste realidad del olvido del hombre aclamado ayer y su inmersión en una conducta ordinaria y sin relieves (p. 1607).

Blasco se desliza sin notarlo hacia una concepción de la guerra como la gran simplificadora, de la que el hombre emerge renovado tras haber puesto sus creencias a prueba y haber aprendido a distinguir lo esencial de lo superfluo. Ideológicamente, pues, Blasco no resuelve el problema de la guerra, sino que lo trata en un plano emocional inevitablemente lleno de contradicciones. En realidad conviven en el escritor dos fuerzas de signo opuesto que necesariamente tienen que producir actitudes contradictorias. Por una parte se declara partidario de la paz y del progreso y, como tantos otros hombres de su época, Blasco mantuvo la ilusión de que el desarrollo creciente de la razón y el peso de los intereses creados por el desenvolvimiento industrial y comercial evitarían una nueva guerra. Por la otra, sin embargo, siente la fascinación de las gestas heroicas que encuentran su elemento natural en la acción guerrera. ¿Cómo compaginar estos dos puntos de vista? Su ideal republicano lo constituye el tipificado por Francia, además del americano, más desarrollado

desde un punto de vista tecnológico, y él mismo señala que la República va en Francia unida a la tradición guerrera ya que durante la Convención el heroísmo y los verdaderos republicanos se refugiaron en el ejército, mientras que en las ciudades quedaba "la intriga política, la ambición y el comité fanático" (p. 1549). Esto explicaría, según él, la aparente paradoja de que todos los más acérrimos antimilitaristas, los revolucionarios más extremados, los sindicalistas y los anarquistas interrumpieran sus protestas al estallar la guerra y se unieran a sus camaradas de movilización por considerarlo uno de sus deberes de ciudadano.

Parece ser que a pesar de reconocer los esfuerzos de los bienintencionados, Blasco cree en la existencia de una agresividad natural en el ser humano que desemboca fatalmente en la guerra, en un "gusto perverso que siente la bestia humana de emplear las herramientas de muerte que tiene en su mano cuando lleva largos años sin usarlas" (p. 1596), y estando así las cosas, nada mejor que poner esta agresividad al servicio de una causa heroica. De este modo, la brutalidad se sublima y el hombre adquiere una dimensión épica que justifica de golpe una existencia hasta entonces quizás carente de sentido.

Hay más ejemplos de este debatirse de Blasco entre dos tendencias de signo opuesto. Comentando la obra de Bourges Los pájaros se alejan y las flores caen opina que para él lo más hermoso del libro, "como pensamiento filosófico," se encuentra en los últimos capítulos (ps. 1620-1621). El doctor Manes va a separarse de su amigo el gran duque y, a pesar de que conoce su cansancio de vivir, le revela el resultado negativo de sus estudios, "le hace conocer toda la tristeza, toda la nada horripilante de nuestra existencia. La sabiduría es una ilusión; la felicidad es un ensueño; la caridad de los hombres,

una hipocresía; el amor, un engaño." Blasco reconoce que este discurso del doctor Manes es terriblemente nihilista "y, sin embargo, es el retrato más exacto de la Humanidad" (p. 1621).

En otra ocasión, esta vez tratando de El infierno de Barbusse confiesa que su lectura le impresionó profundamente hasta el punto de quedar triste y desesperado durante varios días, "viendo ante mí el vacío, la nada de nuestra existencia. Todos sabemos esto; pero sabemos tantas cosas que procuramos olvidar o que la voluntad de vivir nos hace olvidar para que nuestra existencia no sea igual a la de los cenobitas que tenían a todas horas un cráneo ante los ojos . . . !" (ps. 1570-1571).

Sin embargo, y en contraste con lo anterior, al comentar la obra de J.H. Rosny le describe como firme creyente en el evolucionismo social:

Lo mismo que Clemenceau, el novelista Rosny cree que es el individuo el que forma el medio, y no el medio al individuo. Este es un ser de razón y de progreso, y no vive esclavizado fatalmente al medio, como les ocurre a los animales irracionales, incapaces de modificarlo o de crearlo. (v. III, p. 1746)

En ningún momento respalda Blasco estas teorías con su comentario personal, pero las palabras con que describe las ideas de Rosny son prácticamente las mismas que pone en boca de Tchernoff en Los cuatro jinetes, cuando le interesa exponer ideas desinteresadas y humanitarias frente a la brutalidad de von Hartropp.

Además, hay otro dato significativo que Blasco expone en sus comentarios sobre Rosny, quien prevé un movimiento social natural e inevitable encaminado hacia el bien:

El novelista establece una diferencia entre la bondad (acción lenta) y el sacrificio (acto brutal).

El sacrificio lo tiene por inútil. Los fanáticos que figuran en las novelas de Rosny se sacrifican en vano; o, dicho con mayor exactitud, dificultan la marcha progresiva hacia el bien, despertando con sus atentados la ferocidad del partido burgués. "Los golpes de estado en nombre de la autoridad-- dice Rosny--sólo se producen al día siguiente de los atentados anarquistas, cuando las clases medias, que son las primeras amenazadas por el aplastamiento, se sublevan con esa energía feroz que da el miedo." (v. III, ps. 1745-1746)

Cabe decir que también los fanáticos que figuran en las novelas de Blasco se sacrifican en vano despertando no sólo la ferocidad de los burgueses, sino también la de los mismos proletarios en nombre de los cuales llevan a cabo su sacrificio. En modo alguno puede afirmarse que Blasco suscriba las ideas de Rosny y su firme creencia en la perfectibilidad "inevitable" de los hombres, pero sin duda desearía mucho poder creer en ellas y en ocasiones lo hace, como antídoto cuando la dialéctica de sus contradicciones le ha llevado demasiado lejos por la vía del nihilismo.

En definitiva, pues, ¿qué filosofía de la vida mantiene Blasco? De la lectura de sus Estudios literarios se deduce que a pesar de estar escritos en su madurez, Blasco fluctúa sin ser capaz de presentar sus ideas en una síntesis coherente. Sus rechazos son siempre mucho más rotundos que sus convicciones y estas son pocas y simples, pero tenazmente sostenidas durante toda su vida: República, cultura, ciencia y laicismo. Los privilegios de casta los odia, así como también la rigidez dogmática y la hipocresía burguesa. En realidad bien podrían aplicarse al mismo Blasco las palabras con que él presenta a Henri Barbusse:

Individualista furioso, representando exactamente el antípoda intelectual de un Mauricio Barrès, el autor de El infierno aboga por todo lo que significa

la expansión del individuo, la libre dilatación del alma humana, la pasión viviente, y grita contra todo lo que representa la abrumadora servidumbre de las tradiciones, la huella del pasado, el espíritu religioso, la doctrina. (v. III, p. 1572)

Es este aspecto inconformista y romántico el que ha dado a Blasco su imagen de hombre peligroso que, sin duda, él mismo cultivó complacido. El estudio objetivo de su obra presenta, sin embargo, la figura de un hombre cuyo supuesto radicalismo queda muy atemperado por sus dudas y contradicciones. De origen pequeño burgués, y firmemente anclado más tarde en un bienestar social que le dio acceso al trato con la alta burguesía e incluso con la aristocracia internacional, su rebeldía es más bien la del adolescente que se complace en escandalizar a las almas bienpensantes, pero que en ningún momento desea aceptar el compromiso serio con las tesis sociales más radicales. Simpatiza, eso sí, con los que de buena fe asumen semejante compromiso. Así cuando presenta la obra de Paul Reboux lo califica de "escritor burgués cuyo odio a la guerra y a los que la provocaron le ha hecho perder la fe en las clases directoras de la sociedad" (p. 1755), y más tarde elogia su contribución en Le Journal du Peuple porque así "aporta su buen gusto literario y artístico a las masas revolucionarias en las que ha ingresado" (p. 1738). Pero termina diciendo:

Para conseguir esto, sacrificó una posición social y una posición literaria. El hombre que tal hace merece ser respetado aun por aquellos que no piensen como él. (v. III, p. 1738)

Sin duda Blasco era de los que no pensaban como él porque sus juicios sobre las ideologías de izquierda avanzada son cuando menos irónicos. Comentando la separación profesional de los hermanos Margueritte señala que este tipo de asociaciones acaba siempre en el fracaso. Quizás si los

escritores vivieran solos tendrían más posibilidades de éxito, pero, a fin de cuentas, "los novelistas son hombres como los demás; necesitan amar, tienen una mujer, tienen hijos. Y estas dulces prolongaciones del individuo se convierten en instrumentos demoledores de toda asociación con otro grupo humano" (p. 1720). Algunos admiradores del pasado presentan como ejemplo las asociaciones religiosas cuando hablan del socialismo. Trabajo y comida son comunes, todo es de todos, nada es de nadie. Pero ese éxito es debido, dice Blasco, a que todos esos "socialistas con capucha" han apartado de su vida el amor.

Que pruebe una religión a fundar un monasterio de monjes casados y con prole, trabajando juntos, comiendo juntos, rozándose a todas horas en la mezcolanza de una vida en común. A los pocos meses los frailes llevarían revolver, las frailas tendrían el peinado deshecho, la cara llena de arañazos, y los frailecitos la cabeza rota a pedradas. . . . Y antes de un año el convento habría ardido por los cuatro costados. (v. III, p. 1721)

B. "La vuelta al mundo de un novelista"

En 1923 Blasco continúa todavía anclado confortablemente en Menton, disfrutando de su clima benigno y del bienestar que le proporcionaba su villa "Fontana Rosa," pero un acontecimiento va a venir a sacarle de su agradable retiro: su viaje alrededor del mundo, lógica culminación de la vida del novelista español más cosmopolita.

El mismo Blasco ha explicado las razones de la inquietud que le llevó a emprender este viaje en el capítulo primero de su obra La vuelta al mundo de un novelista, donde se representa a sí mismo manteniendo una lucha interna entre su parte "burguesa" que le aconseja el quedarse, y su parte aventurera

que le pide acción y movimiento (v. III, p. 353). Hay algo patético en las vacilaciones de este hombre incansable que ve acercarse la vejez con un escepticismo que le hace dudar de la posibilidad de descubrir ya nada nuevo ("las mismas cosas que te afligen aquí, irán contigo alrededor del planeta," p. 353), y que sin embargo desea fervientemente ser fiel a su imagen de hombre de acción: "siempre me quedará el placer de haber llevado una existencia bohemia a través del mundo" (p. 353).

Como era previsible, es su parte inquieta la que triunfa en esta lucha interior, pero Blasco se engaña a sí mismo. Su última aventura no será en absoluto bohemia. En el otoño de 1923 embarcó en el "Franconia," transatlántico de lujo que zarpaba de Nueva York dispuesto para una circunnavegación que duraría seis meses. El barco iba cargado de millonarios, norteamericanos en su mayoría, y era un auténtico palacio flotante en el que ningún lujo se había escatimado. Sin embargo, también para esto encuentra Blasco oportunas justificaciones:

Haciendo el viaje cómodamente en un gran transatlántico, podré apreciar mejor lo que aquellos hombres [los descubridores españoles] realizaron en épocas de gran atraso mecánico y de comunicaciones peligrosas de las que no se podía obtener placer alguno y sí exponerse a todos los riesgos. (Balseiro, ps. 59-60)

Efectivamente, a partir de 1923 Blasco inicia otra nueva etapa de su vida en la que aspira a rehabilitar a los españoles de antaño que habían sido calumniados en el pasado. Retoma, pues, el proyecto iniciado con Los argonautas e interrumpido por la Guerra Europea, al cual dedicará ahora sus últimas novelas.

De todas formas, cualesquiera que sean las razones por las que Blasco emprende este viaje, cabía esperar que el escritor que consideraba misión fundamental del novelista la labor testimonial encaminada al logro de mejoras sociales, aprovecharía esta ocasión única para poner en práctica las teorías por él sostenidas. Sin embargo, los resultados en este sentido son decepcionantes.

Ya en ese pugilato mantenido entre sus dos "yos," al que antes se ha hecho referencia, Blasco prevé la dificultad de dar una visión objetiva y clara de los pueblos visitados, y se cura en salud advirtiendo que emprende este viaje en calidad de "novelista," únicamente:

No pienso escribir estudios políticos ni económicos sobre los países por donde pase. Contaré lo que vea y lo contaré a mi modo, como el que describe las personas y los paisajes de una fábula novelesca. (v. III, p. 354)

Por otra parte, después de su viaje Blasco debía ir enviando al "Hearst's International Magazine" los capítulos de su libro (setenta y uno en total), que según Grove Day habían de ser pagados a razón de 1000 dólares cada uno.³ Así pues, no debe perderse de vista el hecho de que el libro iba destinado fundamentalmente al mercado americano, lo que por fuerza impone a Blasco una limitación de entrada, a la que hay que añadir la del punto de vista deliberadamente adoptado por el novelista. Será éste el de un viajero rico que toma parte en un programa organizado para satisfacer a un pasaje de millonarios cuyo objetivo fundamental es pasarlo bien. En resumen, a pesar de los riesgos que la realización de este viaje conllevaba (riesgos que Blasco se encarga de detallar cuidadosamente en la página 352), su situación a bordo del "Franconia" dista mucho de ser la de los aventureros del pasado,

cuyas hazañas intenta repetir este viajero nostálgico.

Sus compañeros de pasaje, presidentes de compañías eléctricas, de grandes ferrocarriles y de empresas metalúrgicas, son enjuiciados por Blasco de la siguiente manera:

Nunca en mi vida anterior he vivido entre personas tan joviales, tan ecuanimes en sus gustos y afectos. Creo que durante el resto de mi existencia me acordaré siempre de su agradable compañía.
(v. III, p. 366)

Blasco se permite, eso sí, algunas bromas benévolas sobre las desocupadas millonarias que deseosas de emociones fuertes se decepcionan porque el tren a bordo del cual se adentran en China no sufre ningún ataque de los bandidos. "Como viajan para adquirir "experiencia en la vida," dice Blasco, "sienten no conocer las emociones de un secuestro armado" (p. 536). Por supuesto este tren en el que viajan los millonarios del "Franconia," ha recibido protección especial del gobierno chino que ha puesto a su disposición vagones blindados ocupados por una compañía de Infantería armada hasta los dientes. Fuerza es pensar que quizás hubiera sido más práctico para estas aspirantes a heroínas prescindir de este medio de locomoción y probar para desplazarse por el país otros procedimientos menos aparatosos pero más arriesgados.

Sin embargo, y a pesar de sus burlas, Blasco tiene la costumbre de hacer distinciones en su vocabulario aplicadas a las mujeres según la clase social a que pertenecen. Las pobres son "hembras," y sólo las ricas pueden aspirar al tratamiento de "damas." Blasco, obviamente, se enorgullece de su trato con estas damas ricas que viajan con sus doncellas y que constantemente temen ser despojadas de sus joyas por tantas multitudes desaprensivas como pululan por los países visitados. Llega incluso a decir que las ricas son las

únicas "mujeres verdaderas dignas de tal nombre por los cuidados de su cuerpo y los hermoseamientos del lujo" (p. 732), rotunda declaración que pone de manifiesto la consideración que Blasco tiene de la mujer del gran mundo como símbolo de un estatus social apetecido por todos, pero que solamente unos pocos privilegiados logran.

Está claro que a Blasco le deslumbra la gente que sabe vivir bien, y llevado de este entusiasmo a veces llega a decir cosas tan peregrinas como que los ricos del Japón, que han viajado poniéndose en contacto con Occidente, son más distinguidos y menos feos que el resto de los japoneses, graciosa concesión que Blasco se permite con estos japoneses y no con los demás, por los que, en general, no muestra excesivas simpatías (p. 434).

Las observaciones de este tipo se repiten a lo largo de las cuatrocientas y pico páginas del libro haciendo sospechar de la capacidad crítica de Blasco, puesto que, lógicamente, los lugares visitados y las situaciones observadas están siendo vistos con los ojos de los ricos a los que se encuentra inevitablemente ligado. Un ejemplo pintoresco de ello se da en sus comentarios sobre los problemas que ofrecen los criados chinos de los que, por lo visto, hay que tener un verdadero regimiento para que la casa esté medianamente bien gobernada. Blasco parece estar adoptando aquí el tono quejumbroso de una organizada ama de casa burguesa, aunque justo es decir que reconoce a estos criados la virtud de ser extraordinariamente baratos y de exigir muy pocas atenciones de sus dueños (p. 553).

Por otra parte, tras los esporádicos contactos con la miseria absoluta y sin paliativos que le sale al paso en tantas ocasiones a lo largo de este viaje, Blasco experimenta un placer doblemente exquisito al volver a la

existencia superhigiénica y civilizada del barco. Hay verdadero hedonismo en estos retornos al "Franconia" tras las "peligrosas" incursiones tierra adentro (ver ps. 698 y 777).

Pero si antes se aludió a la irritante costumbre de Blasco de calificar de diferente manera a las mujeres según su clase social, hay que hacer mención ahora de su discriminación verbal con respecto a todos los componentes de las capas sociales más bajas a los que aplica el calificativo de "populacho." Son muchas las formas que el rechazo instintivo de las masas revisten en Blasco, pero veamos algunos ejemplos.

Aludiendo a los andrajosos trajes que usa el pueblo en China, de los que se escapa por todas sus roturas el algodón del relleno, Blasco describe a los pedigüefios de las estaciones como "insectos aplastados, que sueltan por las grietas de su cascarón azul las reventaduras de unas entrañas mantecosas" (p. 492). Interesante metáfora, por otra parte, quién sabe si inspirada en las greguerías de Gómez de la Serna. "Chusma" son los criados indios que merodean molestando al cliente en los pasillos de los hoteles de la India (p. 628), y el calificativo de "pegajosas" se aplica a las muchedumbres de pedigüefios que pululan alrededor de los turistas prácticamente en todos los países visitados.

A Blasco naturalmente le molesta este asalto constante de la miseria y es que vitalmente está ahora a una enorme distancia de los pobres. En realidad llega incluso a perder la noción de que estas piltrafas humanas sean personas, o quizás simplemente duda de que lo sean. A esta sensación de irre realidad contribuyen las cifras increíblemente altas que alcanzan las masas de los países depauperados: "¡Hay tantos chinos!" (p. 548), y la igualmente

increíble ("inaudita," para usar sus propias palabras) miseria de Asia (p. 545). Estos comentarios son hechos después de que Blasco ha celebrado el "boom" de Shanghai y de que ha pintado con entusiasmo el ambiente sofisticado que se respira en las casas de algunos de los ricos de la ciudad de los que ha sido huésped. Piensa que en Shanghai encontraría material para escribir una novela fascinante (p. 544), pero cuando se adentra por los barrios miserables se topa con la otra cara del bienestar:

Hay que abrirse paso con los codos entre mendigos que son caricaturas humanas, desfigurados por las enfermedades de un modo horrible. Los leprosos tienden su diestra implorante, que es un muñón falto de dedos. Otros carecen de nariz, y por dos orificios negros, completamente al descubierto, se columbra el interior de su cráneo. (v. III, p. 545)

Blasco se lamenta de este espectáculo que le sale al paso fuera de programa:

Si atravesamos este Patio de los Milagros haciendo un esfuerzo para soportar tanto contacto peligroso, tanto hedor inmundos, es porque deseamos visitar el célebre Jardín del Mandarín. (v. III, p. 545)

Después de haber contemplado tanta miseria, ya no le cabe sino el desaliento llegando a una conclusión fatalista: "Los pueblos de Asia viven desde los más remotos siglos de su historia indisolublemente casados con el hambre" (p. 540).

Otra actitud que parece estar bien anclada en Blasco, posiblemente en contra de sus deseos conscientes, es el prejuicio racial, aunque por lo que se deduce, este prejuicio no está necesariamente relacionado con la pobreza o primitivismo de las razas objeto de su discriminación. Así por ejemplo, los negros son de "jeta bestial," pero los beduinos, a pesar de su miseria y de ir horriblemente sucios son "bellamente majestuosos" (p. 703). Los

mestizos por su parte, tienen una "afición característica" a creer en brujerías, milagros y relatos mágicos (p. 386). Pero su declaración de principios sobre esta materia queda expresada al hablar de Gordon, el interesante y novelesco personaje especialista en pacificar insurrectos en los países colonizados por los ingleses. De él dice, y ya es bastante, que "su energía serena le proporcionaba un gran ascendiente sobre las razas inferiores" (p. 708).

Dentro de esta escala jerárquica de países y razas superiores e inferiores, los Estados Unidos ocupan el puesto más alto. Cabe preguntarse hasta qué punto sus juicios positivos sobre esta nación están estimulados por el natural agradecimiento al país que le dio la fama, y por el hecho de que fuera una casa editorial americana la que publicaba sus impresiones de viaje, pero no hay duda de que su admiración por ese país es genuina.

El entusiasmo de Blasco por los Estados Unidos alcanza expresión máxima en sus comentarios sobre la construcción del canal de Panamá, obra a la que designa como "acontecimiento que cada vez será más famoso, con el curso de los siglos, en la historia del progreso humano" (p. 376). A pesar de su inquebrantable admiración y afecto por todo lo francés, reconoce la enorme diferencia entre la explotación francesa de la zona del canal en tiempos de Lesseps, que fue "estafa colosal" y ejemplo de corrupción de los poderes públicos" y la organizada y humanitaria labor americana que no comenzó las obras de construcción hasta no haber acabado con el mosquito transmisor de la fiebre amarilla que exterminaba a ejércitos de trabajadores (p. 375).

En resumen, la construcción del canal ha sido altamente beneficiosa para Panamá, muy al contrario de lo que algunos creen, "pues algo gana el pobre

cuando tiene intereses comunes con el rico, y el continuo trato de ellos [los panameños] con los americanos influye visiblemente en la cultura y el progreso de la nación" (p. 374).

Enjuiciando la labor realizada por los Estados Unidos en su papel de potencia colonizadora, asegura que "las dos preocupaciones del norteamericano son la higiene y la educación y cuando se posesiona de un país lo primero que hace es combatir las enfermedades contagiosas y abrir escuelas y bibliotecas," y justifica la ocupación americana de Hawaii diciendo que de otra forma habría caído en manos de los japoneses (ps. 400 y 402).

Incluso la ocupación americana de las Filipinas es vista por Blasco con ojos benévolos, pero es verdad que solamente aquí se permite los primeros juicios críticos contra los Estados Unidos, muy mitigados, eso sí, por las alabanzas previas a la labor culturizadora efectuada por ese país en las islas. Reconoce que Washington pone excusas para conceder la independencia a las Filipinas porque aprecia cada vez más el valor estratégico del archipiélago y que confía en el paso del tiempo y en la labor educativa para conseguir adormecer el sentido de independencia de sus habitantes. De esta forma las Filipinas pasarán mansamente a la Confederación americana como un simple territorio (p. 572).

Su postura ante los Estados Unidos está claramente resumida en su declaración:

Para mí el régimen menos imperfecto, dentro de la imperfección humana, es la República federal, tal como ellos [los norteamericanos] la establecieron. Además considero al pueblo norteamericano como la más ordenada y consciente de todas las democracias que han existido en la Historia. (v. III, p. 570)

Quizá la clave del aprecio de Blasco por la política americana esté reflejada en esta fórmula que según él la caracteriza: mezcla de "egoísmo

comercial y cierto romanticismo democrático" (p. 538), síntesis sin duda muy del gusto del hombre que tantas veces la puso en práctica en su propia vida.

Como se lo había propuesto inicialmente, Blasco ensalza siempre que tiene oportunidad las hazañas de los exploradores españoles sacando a colación las abundantísimas huellas de su paso que existen por todo el mundo. Sin que ello suponga la puesta en duda de la sinceridad de Blasco, parece inevitable preguntarse hasta qué punto este proyecto de reivindicación de la memoria de España en el mundo, que se repite obsesivamente después de su estancia en la Argentina, no respondía también a un intento de salvar para la posteridad su imagen de patriota. No hay que olvidar que sus novelas tendenciosas no solamente le valieron el sobrenombre de anarquista y revolucionario, sino que también sirvieron para acusarle de falta de patriotismo.

En esta labor de reivindicación de la actuación española en el mundo incluye también a los portugueses. Tanto Portugal como España precedieron en sus viajes y descubrimientos a otras naciones que después se han llevado injustamente toda la gloria y que además han tenido la desfachatez de criticar la colonización española.

El, por su parte, al relatar las experiencias de su visita a Java, enumera los desmanes de los holandeses quienes no permitieron hasta época reciente que los javaneses aprendieran el idioma de los colonizadores y relata como ejemplo de la crueldad de éstos el destino que dieron al traidor Erberfeld (mestizo rico, hijo de alemán y javanesa) que intentó en el siglo XVIII una revolución para arrojar fuera del país a los europeos. Al describir

las horribles torturas y la muerte escalofriante a la que el traidor fue sometido, Blasco comenta:

¡Y pensar que fue en la vieja Holanda protestante donde se imprimieron y editaron la mayor parte de los libros, algunas veces fantásticos, sobre las crueldades de los españoles en América, más de un siglo antes de la ejecución horrible de Erberfeld y sus catorce compañeros javaneses! . . . Son barbaries del pasado . . . Conformes. Pero que las vergüenzas de ese pasado se repartan con equidad entre todos los países, sin distinciones injustas y fanáticas para aplicárselas a España solamente. (v. III, p. 585)

Sin embargo, y como dice él mismo, estas son "barbaries del pasado." ¿Cuál es la opinión de Blasco sobre los regímenes coloniales del presente? La mayor parte de los países visitados en su viaje vivían en esa época en pleno régimen colonial en unos casos, o sometidos a la influencia directa de las grandes potencias en otros. Blasco no se pronuncia sobre esta cuestión, pero su postura es típicamente ambivalente. Califica al actual gobierno de los holandeses en Java de "dulce, tolerante, progresivo" y reconoce que "ha realizado grandes obras" (p. 579), y del mismo modo admite que Hong Kong, que gozaba en esos momentos de una prosperidad semejante a la de Shangai, ha sido muy hermoseedada por los ingleses, aunque previamente ha considerado "vergonzosa" la forma en que éstos se apoderaron de la ciudad (p. 520). Llama "rapaz" a la Compañía de las Indias británica (p. 630), y ridiculiza ciertos aspectos de la colonización inglesa en la India (p. 658), pero su crítica no es nunca excesivamente severa. Los juicios positivos y negativos van mezclados de forma bastante arbitraria y establece diferencias entre los países visitados según preferencias claramente personales.

De todos ellos es el Japón el que despierta sus mayores antipatías y un marcado recelo, puesto que lo ve con los ojos de las grandes potencias que

sospechan sus intentos de expansión imperialista. Blasco, siempre extremoso en sus odios y amores, extiende su antipatía hasta los detalles más mínimos y afirma que es imposible "encontrar una burguesía más fea de rostro y que vaya más groseramente vestida que la nipona" (p. 430). Critica además la cocina del país y se lamenta de las horribles torturas a que su cuerpo queda sometido al sentarse para comer cuando es invitado de honor en algunas cenas japonesas. Admira, eso sí, la rapidez con que esta nación ha asimilado la cultura occidental, pero eso es al mismo tiempo un motivo más de recelo.

Blasco es severo en sus juicios sobre las intenciones imperialistas japonesas y acusa al Japón de hipocresía porque se anexionó Corea bajo pretexto de defenderla contra la rapiña de otros países. Califica el hecho de "crimen político" (p. 480), y se teme el mismo tipo de comportamiento para con Manchuria (p. 489). Este hombre impulsivo, sin tiempo para el análisis de sus propias inconsistencias, se permite con los japoneses juicios de valor que se cuida mucho de aplicar a sus pueblos favoritos en similares circunstancias. Dice, por ejemplo, que el japonés es de un positivismo "áspero," porque prefiere las empresas prácticas, de utilidad inmediata (p. 437), algo, por cierto, que el mismo Blasco valora positivamente en numerosas ocasiones, y a la vista de la enorme flota y ejército que el Japón ha acumulado prevé conflictos sangrientos en el futuro (ps. 476-477).

De todo ello cabe deducir que Blasco no pone en cuestión el hecho del colonialismo en sí mismo, sino que más bien establece una distinción entre política colonial buena o mala. La nación colonizadora justifica su presencia en el país ocupado siempre y cuando dirija a éste hacia el progreso. Aquí Blasco participaría del mismo punto de vista mantenido en sus novelas de tesis con respecto a las masas. Estas deben ser educadas para poder acceder a la

categoría de seres humanos conscientes, y la labor educativa tendrá que correr a cargo de quienes al ocupar niveles superiores en su evolución, están en condiciones de hacerlo.

Para Blasco las masas ineducadas no llegan a alcanzar el nivel plenamente humano, sino que más bien están sumidas en una situación intermedia entre bestia y hombre. Recuérdese que para él la característica fundamental que distingue al ser humano de la bestia es la capacidad del primero para liberarse de la fatalidad del medio y manipularlo en su beneficio. Por eso, en Blasco la idea de progreso va fuertemente unida a la del "gran hombre," el líder natural que con su prestigio y su fuerza de arrastre consigue mover a las masas e introducir mejoras técnicas y avances culturales en un ambiente de apatía secular.

Un caso muy revelador lo ofrece su descripción de Mohamed-Alí, fundador de la dinastía que gobernaba en Egipto en tiempos de su viaje:

Dotado de raras condiciones de militar y de gobernante, se apoderó en poco tiempo de Egipto, expulsando a los turcos y suprimiendo a los mamelucos. . . . Al quedar solo, fue señor absoluto del todo el país, como cualquiera de los faraones de las dinastías más gloriosas. . . . Mejoró la agricultura, abrió escuelas, creó industrias nacionales, trajo de Europa numerosos instructores y maestros . . . y aún subsiste una mínima parte de las fundaciones de este dictador, que difundía el progreso a golpes. (v. III, ps. 706-707)

Si el régimen político ideal lo constituía para Blasco la república, no cabe duda de que lo consideraba incompatible con la ignorancia de las masas. Recuérdese en este sentido, la cita de la página 39 referente a las dificultades que la república arrastraría en España si no fuera a gobernar para un pueblo culto y consciente. Por otra parte, Pío Baroja en un artículo escrito desde París en 1940, comenta rememorativamente lo siguiente:

Blasco que había hablado por la mañana o por la tarde en un mitin republicano haciendo líricamente la apología de la República, nos dijo con sorna que la República sería el régimen de los taberneros, de los zapateros de viejo y de los maestros de escuela, y que, afortunadamente, no vendría nunca a España. (Gascó, p. 204)

Todo el artículo de Baroja refleja bien poca simpatía por Blasco, por lo que hay que aceptar con reservas los juicios que vierte sobre él, fuertemente cargados hacia el lado negativo. Sin embargo, sería presuponer demasiada ruindad en Baroja el pensar que pudo atribuir al escritor valenciano palabras que éste nunca pronunció, especialmente teniendo en cuenta que Blasco no estaba en condiciones de refutarlas por haber muerto hacía ya años. Baroja expresa asombro ante la "duplicidad" del novelista, pero más bien habría que considerar el ex abrupto de Blasco a la luz de sus fuertes contradicciones antes que como señal de su hipocresía.

Blasco probablemente no vacilaría en aceptar el uso del látigo con la masa si con ello se pudiera traerla hacia el lado de la razón, puesto que sólo una vez "humanizada" sería digna del régimen que los hombres libres merecen. El mismo se atribuyó durante su vida política el papel de faro iluminador de conciencias extraviadas, pero a pesar de sus muchas energías, la tarea resultó superior a sus fuerzas.

El libro de sus experiencias alrededor del mundo, escrito en un estilo ligero y superficial en el que dominan lo anecdótico y las descripciones brillantes y coloristas, sorprende por la austeridad de su final. En contraste con la intención expresamente formulada al principio de evitar los comentarios políticos y sociales, y las opiniones vagas sobre el tema que a pesar de esas intenciones ha ido distribuyendo a lo largo del relato, el final es casi una

lección magistral que dedica severamente a dos "damas" ricas de Montecarlo que le piden el resumen de sus impresiones:

Lo que he aprendido, amigas mías, no es alegre ni tranquilizador. Creo que existe ahora en el mundo más gente que nunca. Los adelantos de la higiene y la facilidad de los transportes han evitado una gran parte de las matanzas, las epidemias y las hambres que formaron siempre nuestra pobre historia humana. . . . Podría hacer un resumen brutal diciendo que más de la mitad de los hombres viven sufriendo hambre. Nosotros los blancos llevamos la mejor parte hasta ahora; pero ¿y si algún día los centenares de millones de asiáticos encuentran un jefe y un ideal común? . . . Este viaje ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. (v. III, p. 779)

Nótese de todas formas la satisfacción implícita de formar parte de los privilegiados dentro de este desequilibrio que parece inevitable, y el miedo al "peligro amarillo," tan semejante al que expresaba en La horda al evocar la posible arremetida violenta de las masas.

Pero el párrafo con que cierra su resumen está en la línea de todos los finales vagos y ambiguos de sus novelas de tesis, confirmando definitivamente las vacilaciones de este hombre apasionado que se debate en una contradicción constante entre el egoísmo y el altruismo humanitarista:

Todos los hombres son lo mismo, y nuestros progresos puramente exteriores, mecánicos y materiales. Aún no ha llegado la gran revolución, la interior, la que inició el cristianismo sin éxito alguno, pues ningún cristiano practica sus enseñanzas. Lo que he aprendido es que debemos crearnos un alma nueva y entonces todo será fácil. Necesitamos matar el egoísmo; y así la abnegación y la tolerancia, que ahora sólo conocen unos cuantos espíritus privilegiados, llegarán a ser virtudes comunes a todos los hombres. (v. III, p. 779)

De tomar estas palabras literalmente, habría que interpretar que el acendrado materialista, el hombre creyente a machamartillo en el progreso

técnico y en la ciencia positiva, ha acabado por volver al redil de los valores espirituales tradicionales, pero como ya se ha visto estas bellas palabras son la proyección de solamente una parte de Blasco, aquélla que jamás logró reconciliar de manera armoniosa con su filosofía de hombre progresista. Por esta imposibilidad de llegar a una síntesis, Blasco se debatió toda su vida en el problema que le planteaba el dualismo mutuamente excluyente de las fuerzas naturales instintivas, por una parte, y la razón por otra. Si, como dice Eoff, Blasco asumió intelectualmente la actitud monista típica del positivismo de la época que eliminaba la disyuntiva tradicional espíritu-materia, lo cierto es que nunca llegó a asimilar emocionalmente cómo siendo la misma cosa hombre y naturaleza, podían manifestarse en formas a veces hasta antagónicas.

La exortación de Blasco en favor del "hombre nuevo," no pasa de ser un simple cliché que, sin embargo, conlleva una declaración de renuncia a resolver los problemas sociales por la vía racional. El autor de todas formas, no estaba demasiado dispuesto a comenzar por él mismo esa renovación interior tan necesaria. Había ganado su posición de hombre acomodado con su esfuerzo; nada debía a nadie. Justo era, pues, que continuara disfrutándola aun cuando ello implicara el triunfo final de la "materia" sobre el "espíritu." Si las palabras que cierran el tercer volumen de La vuelta al mundo de un novelista aparecieron en 1925, en 1926 Blasco escribió una serie de narraciones recogidas bajo el título general de Novelas de amor y de muerte, una de las cuales, El rey Lear impresor, puede considerarse como interesante parábola llena de sugerencias para la interpretación de su actitud respecto a las ideas socialistas.

En ella, un impresor enriquecido a base de su trabajo personal, se ve desplazado en su vejez por sus ambiciosas hijas y los maridos de éstas quienes acaban por arrebatarse la imprenta para explotarla en su propio beneficio. Solamente una hija, la más joven, permanece leal a su padre, y cuando el pobre impresor cree que en ella ha encontrado al menos la paz para su vejez, esta hija, que ya había mostrado un sospechoso desaliño en su persona y un extraño desinterés por las cosas mundanas que tanto entusiasman a sus hermanas, propone a su padre algo insólito. El tiene la obligación de recuperar la imprenta que le ha sido arrebatada con artes perversas y una vez en posesión de su propia casa plantear "la gran revolución que ha de dignificar a los hombres, haciéndoles agradable por primera vez la existencia" (p. 825). Lo que esta hija propone a su padre es ni más ni menos que la colectivización de sus talleres. Naturalmente el impresor decide al punto que puestos a elegir prefiere a sus otras hijas: "Eran malas e ingratas, pero se consideraba más ligado a ellas, por una comunidad de opiniones tradicionales, por el respeto a las cosas establecidas" (p. 826).

Colocado en la disyuntiva de su personaje, Blasco optó también por la misma toma de partido. Entre llevar a cabo la revolución iniciada por el cristianismo "sin éxito alguno" o continuar apegado al "hombre viejo," eligió lo segundo que al menos no repugnaba a sus más íntimos intereses, los mismos en definitiva de tantos otros seres humanos de todos los tiempos.

A pesar de ello, y consecuente con sus propias contradicciones, Blasco aún tuvo energías en un período de su vida en el que la salud comenzaba ya a fallarle, para ponerse al servicio del ideal republicano emprendiendo su famosa campaña en contra de la dictadura de Primo de Rivera. Fue éste su

último acto romántico y no sin consecuencias, puesto que de esta forma cerraba sus posibilidades de acceso a la Academia Española y con ello la propuesta para el premio Nobel, que habría representado la culminación apoteósica de una vida entregada a las letras (Roca, Vicente Blasco Ibáñez, p. 544).

En conclusión, el análisis de estas dos obras de Blasco en las que vierte directamente impresiones personales fuera de un contexto ficcional, confirma cuanto se expuso al tratar de su obra novelesca más característica. Las actitudes contradictorias de las obras de juventud del escritor reforzadas por la trayectoria que su vida había seguido, acabaron por colocarle en una posición insostenible que le inclinaba por una parte hacia la solución puramente utópica de los problemas sociales y por otra a la renuncia pesimista de cualquier tipo de soluciones. El Blasco que según W. Miranda abogaba por la entronización "del anarquismo comunista como rama del socialismo" (p. 171), o el Blasco comunista-socialista de Keniston no existieron nunca ni al principio ni al final de su vida. Por el contrario, a pesar de las variaciones y contradicciones que en ella se dieron, ésta se mantuvo dentro de una trayectoria bastante consistente cuyo punto inicial podría colocarse en 1894 con la publicación de Los fanáticos, y el final en 1927 con su proyecto de escribir una obra que se titularía La juventud del mundo en la que había de criticar los dos excesos del orden: "el blanco y el rojo . . . los fanáticos de un extremo y los fanáticos del extremo opuesto" (Roca, ps. 556-557). Entre estos dos extremos se encontró siempre Blasco, apasionado y contradictorio, pero abogando a pesar de ello por una convivencia más armoniosa entre todos los hombres.

NOTAS DEL CAPITULO III

¹ Esta responsabilidad social del novelista explicaría las larguísimas digresiones que con frecuencia entorpecen estilísticamente las historias de Blasco, pero que quedarían justificadas en función de su propósito didáctico. No hay que olvidar que las novelas de Blasco van dirigidas fundamentalmente al gran público, al que desea adoctrinar.

² Sin embargo, Barbusse llevó su compromiso con el socialismo hasta sus últimas consecuencias, puesto que en 1933 aparece colaborando en Octubre, revista de extrema izquierda y de carácter popular y combativo fundada por Rafael Alberti y María Teresa León. (Véase Johannes Lechner, El compromiso en la poesía española del siglo XX, Leiden, 1968, p. 88.)

³ A. Grove Day y Edgar C. Knowlton Jr., Vicente Blasco Ibáñez, Nueva York, 1972, p. 39. Balseiro, p. 63, da la cifra de 10.000 dólares, pero parece francamente exagerada.

CONCLUSIONES

A pesar de cuanto se ha especulado, las actitudes de Blasco en cuestiones políticas y sociales no sufrieron a lo largo de su vida cambios considerables en lo fundamental y además nunca fueron radicales.

Se ha visto en primer lugar cómo Blasco en su juventud no atacó el sistema capitalista como tal, sino unas estructuras políticas propias del antiguo régimen que consideraba no solamente caducas sino decididamente perniciosas para el progreso de la nación. Por su adscripción a sistemas de pensamiento de signo positivista, Blasco deseaba soluciones pragmáticas para los problemas sociales y estaba a favor de la eficacia tal y como se manifestaba en países cuyas formas de gobierno estaban basadas precisamente en el sistema capitalista. Su supuesta adhesión a ideologías socio-políticas de extrema izquierda no existió nunca, ni siquiera en los momentos de su vida en que estuvo más cerca de la defensa directa de las masas desposeídas. Esta defensa, que formó parte de su programa político, fue provocada parcialmente por la necesidad perentoria de hacerse con una base amplia para su partido de "Fusión Republicana" y en parte por una genuina simpatía nacida al calor de sus lecturas de adolescencia, especialmente de las novelas de Victor Hugo que, según el mismo Blasco, ejercieron una influencia decisiva en su vida. Sin embargo, ya se ha observado cómo esta simpatía de carácter más bien abstracto basada en un sentido general de la justicia, chocó pronto con la realidad de su rechazo instintivo de la pobreza y de la incultura de quienes estaban sumidos en ella, como se reveló claramente durante sus contactos con el campesinado de la huerta cuyos petrificados esquemas mentales fue incapaz de alterar en sus campañas políticas.

Esta contradicción en su postura sobre las masas se pone de relieve en la ambigüedad de sus novelas, que si bien escritas aparentemente en favor del proletariado, acaban por conducir al lector a la idea de que o bien la revolución por la que se aboga es imposible, o que de realizarse sus resultados serían catastróficos.

Tras el abandono de su actividad política, Blasco rompe de momento la ambivalencia de su postura y su simpatía por el capitalismo fluye de forma libre expresando un optimismo ilimitado ante el poder del dinero como medio adecuado para obtener reformas progresistas para toda la humanidad. En este momento de su vida, Blasco está muy cerca de una concepción de la vida de base evolucionista en la que el signo distintivo de los seres humanos más dotados sería el goce de la riqueza obtenida por su propia acometividad creadora. Sin embargo, al sobrevenir la primera guerra mundial Blasco hubo de comprobar lo ilusorio de sus esperanzas en un progreso ilimitado de la humanidad traído de la mano de los avances tecnológicos. El énfasis que previamente había puesto en los procesos dinámicos de tipo materialista lo coloca ahora en los de signo espiritualista abogando por la necesidad de ideales desinteresados como elemento indispensable para la mejora de la humanidad.

En última instancia la filosofía de Blasco es una mezcla contradictoria de pesimismo fatalista y de optimismo "de emergencia" basado en la necesidad de creer en una perfectibilidad del ser humano que solamente podrá lograrse a través de la cultura y el progreso material. Una y otra tendencia tuvieron alternativamente mayor ascendencia sobre Blasco según las vicisitudes experimentadas a lo largo de su vida, pero hacia el final de ella se observa una inclinación hacia el rechazo de las soluciones concretas a los problemas

sociales propuestas por los distintos credos políticos y una huida hacia posturas personales de signo marcadamente utópico.

Sin embargo, hay que destacar como una constante de su línea de pensamiento la importancia que para él tuvo siempre la función del novelista como ilustrador de las masas incultas, puesto que según su punto de vista las ideas directrices de una época determinada podían y debían ser elaboradas por el novelista para transmitir las a las masas junto con los ideales de libertad y justicia necesarios para el progreso de la humanidad. Por esta razón Blasco escribió siempre para el gran público, y esta misión testimonial y educadora del novelista fue posiblemente la única arma de eficacia sociológica en la que el escritor creyó sin reservas al final de su vida.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

- Balseiro, José A. Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, Baroja. Cuatro individualistas de España. The University of North Carolina Press, 1949.
- Blasco Ibáñez, Vicente. Obras completas. Aguilar, Madrid, 1969.
- Cardwell, R.A. Blasco Ibáñez. "La barraca." London, 1973.
- Conte, Rafael. "Vicente Blasco Ibáñez: Lecciones de un Centenario." Cuadernos Hispanoamericanos, LXXII, 1967, 507-520.
- Eoff, Sherman H. The Modern Spanish Novel. New York University Press, 1961.
- Gasco Contell, Emilio. Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista. Madrid, 1957.
- Grove Day, A. y Edgar C. Knowlton. Vicente Blasco Ibáñez. New York, 1972.
- Heartfield, Gilbert B. Aesthetics and Naturalism in the Five Valencian Novels of Vicente Blasco Ibáñez. The University of New Mexico, 1972.
- Keniston, Hayward. "Blasco Ibáñez." The New Republic, XX, 1919, 12-14.
- León Roca, J.L. Vicente Blasco Ibáñez. Valencia, 1967.
- _____. Vicente Blasco Ibáñez y la Valencia de su tiempo. Ayuntamiento de Valencia, 1978.
- Loubès, J.N. y J.L. León Roca. Blasco Ibáñez diputado y novelista. Université de Toulouse, 1972.
- Miranda, Wenceslao. Posición filosófica, religiosa y social en las novelas de tesis de Blasco Ibáñez. Lugo, 1969.
- Reding, Katherine. "Blasco Ibáñez and Zola." Hispania, VI, 1923, 366-375.
- Smith, Paul. Vicente Blasco Ibáñez: una nueva introducción a su vida y obra. Santiago de Chile, 1972.
- Tuñón de Lara, Manuel. El movimiento obrero en la historia de España. Madrid, 1972.
- _____. Estudios sobre el siglo XIX español. Madrid, 1972.
- _____. La España del siglo XIX. Barcelona, 1973.